

DIALÉCTICA

Revista mensual dirigida por
ANIBAL PONCE

PLEJANOV - Agustín Thierry y
la concepción materialista
de la Historia.

SCHILLER - Marx y la literatura.

BERNAL - Engels y la ciencia.

ANIBAL PONCE - Comentarios Marginales.

ANÁLISIS DE LIBROS

LETRAS EXTRANJERAS

PAUL GSELL: "Le monde à l'endroit" — V. I. LENIN: El imperialismo,
etapa superior del capitalismo.

LETRAS NACIONALES

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: La ciudad del bosque. — CESAR CARRI-
ZO: El domador.

LAS REVISTAS

Europe. — Paix et Liberté. — Lesiútin. — Nueva Cultura. — La Nueva Peda-
gogía. — Commune. — Sch. — Palénica — Melódica.

DE LA VIDA ARGENTINA

ANIBAL PONCE: El primer año de A. I. A. P. E.

Año I - N.º 6 - BUENOS AIRES - Maipú 220
AGOSTO 1936

Precio 0.50 cts*

DIALÉCTICA

REVISTA MENSUAL Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES
ARGENTINA

PRECIO DEL EJEMPLAR

0.50 CTS.

SUSCRIPCIÓN A SEIS
NÚMEROS \$ 2.50

SUSCRIPCIÓN A DOCE
NÚMEROS \$ 5.00

REMITASE EL IMPORTE EN
CHEQUE POSTAL A NOMBRE
DE "DIALÉCTICA"

La revista DIALÉCTICA aspira a poner al alcance de los estudiosos, con un minimum de gastos, el vasto tesoro de los clásicos del proletariado y los nuevos estudios que mediante el método del materialismo dialéctico están renovando la ciencia y la cultura.

Universal por la amplitud de su horizonte, DIALÉCTICA hará accesible una multitud de ensayos y monografías no traducidos jamás al castellano o que aún en el caso de haber sido traducidos, continúan siendo una rareza de bibliófilos.

En el momento en que asistimos al choque decisivo de dos culturas, es urgente esclarecer, — mediante el tratamiento directo de los clásicos del proletariado, — los caminos que conducirán a la liberación del hombre.

* * *

En la realidad como en el espíritu, no es posible ascender de una etapa a otra sino negando y anulando. «El No — decía Hegel — es la palanca del devenir». Pero la negación que la dialéctica impone no es destrucción ni aniquilamiento. De la cultura que agoniza, ella tomará los elementos legítimos para incorporarlos y desenvolverlos en la cultura más perfeccionada que le seguirá.

Y así, negando y afirmando, la marcha en espiral de la dialéctica nos conducirá victoriosamente hacia adelante. Demasiado bien sabemos lo que implica en el momento actual la responsabilidad de un pensamiento para quien no existen los distingos de la teoría y de la práctica. Aspera es la ruta por la cual nos echamos hoy a caminar. Pero el viejo Heráclito, que entrevió la dialéctica, ahí está para enseñarnos todavía que la lucha — polemos — es la madre de las cosas.

DIALÉCTICA

AÑO I - N.º 6

AGOSTO 1936

Agustín Thierry y la concepción materialista de la historia

por Jorge Plejanov

Agustín Thierry pertenece a aquel notable grupo de sabios distinguidos que, bajo la Restauración, renovaron en Francia los estudios históricos. En este grupo no había maestros ni discípulos. No deja de formar, sin embargo, una verdadera escuela cuyas concepciones fundamentales es muy útil examinar.

Chateaubriand (1) designó esta escuela bajo el nombre de "escuela política". Esto es inexacto. En efecto, los filósofos del siglo XVIII, firmemente convencidos de que, en el estado de un pueblo, la legislatura es todo, no sabían relacionar "la legislación" más que con la acción premeditada del "legislador" (2). Este es el punto de vista político por excelencia. Se infiere naturalmente que las leyes civiles de un pueblo dado deben su origen a su constitución política, a su gobierno. Los filósofos no se cansan de repetirlo.

Para Guizot, lo contrario es lo cierto. "La mayor parte de los escritores, historiadores o publicistas, han tratado de conocer el estado de la sociedad, el grado o el género de su civilización, por el estudio de las instituciones políticas — dice—. Hubiera sido más acertado estudiar primero la sociedad misma para conocer y comprender sus instituciones políticas. Antes de transformarse en causa, las instituciones son efecto; la sociedad las produce antes de ser modificada; y en lugar de buscar en el sistema o en las formas de gobierno cuál ha sido el estado del pueblo, es necesario examinar el estado del pueblo antes todo para saber cuál ha debido o ha podido ser el gobierno" (3).

(1) Chateaubriand, *Estudios históricos*, prefacio.

(2) Ver, entre mil ejemplares, las *Observaciones* de Mably sobre la historia de los griegos y de los romanos, así como las obras de Helvetius y de Holbach. "La religión de Abraham parece haber sido, en su origen, un trémino imaginado para reformar las supersticiones de los caldeos; el teísmo de Abraham fué corrompido por Moisés, quien lo utilizó para formar la superstición judaica". ("Sistema de la Naturaleza", Londres, 1781, segunda parte, pág. 186). "Para que Esparta no gozara de una forma pasajera, el (Licurgo) descendió, por así decirlo, hasta el corazón de los ciudadanos, y metió el germen del amor a las riquezas". ("Obras completas de Mably", Londres, 1789, tomo cuarto, pág. 20).

(3) Guizot, *Ensayo sobre la historia de Francia*, edic. décima, París, 1860, pág. 73 (cuarto ensayo); la primera edic. de estos *Ensayos* apareció en 1823.

En esto, Mignet está de acuerdo con Guizot. Para él también, las instituciones políticas son efecto antes de transformarse en causa. Los intereses dominantes deciden del movimiento social, y es este movimiento el que determina la forma del gobierno. Cuando el gobierno no corresponde más al estado del pueblo, desaparece. Así el feudalismo ha estado en las necesidades antes de estar en el hecho; después ha estado en el hecho dejando de estar en las necesidades, lo cual lo hizo salir del hecho. Las franquicias de las comunas han cambiado todas las relaciones interiores y exteriores de las sociedades europeas.

"Dieron una nueva directiva a la evolución política de Europa: la democracia, la monarquía absoluta y el sistema representativo. La democracia ha surgido allí donde las comunas han dominado solas; la monarquía absoluta, ahí donde aquéllas se han ligado con los reyes que no han podido contener; el sistema representativo, ahí donde los feudales se han servido de ellas para limitar la monarquía" (1).

Agustín Thierry no está menos alejado del punto de vista de los filósofos del siglo XVIII. "Las constituciones son el vestido de la sociedad" —dice—. La vieja escuela ha puesto demasiada atención sobre la genealogía "de los reyes". No ha atribuido jamás ninguna espontaneidad "a las masas de hombres". "Si todo un pueblo emigra y se procura un nuevo domicilio, se trata, según el decir de los analistas y de los poetas, de que hay algún héroe que, para glorificar su nombre, se le ocurre fundar un imperio; si se establecen nuevas costumbres, hay algún legislador que las imagina y las impone; si se organiza una ciudad, es el príncipe quien le da el ser; y siempre el pueblo y los ciudadanos son la tela para el pensamiento de un solo hombre" (2).

Es así como el relato de cada época se transformaba en el relato del nacimiento y de la educación, de la vida y de la muerte de un legislador. Esta manera de escribir la historia era natural para los monjes de la Edad Media: los escritores monásticos tuvieron preferencias exclusivas para con los hombres que hacían mayor cantidad de dadas a las iglesias y a los monasterios. Pero esto no es digno de los historiadores modernos. Lo que se necesita ahora, es la verdadera historia del país, "la historia del pueblo, la historia de los ciudadanos"; "esta historia nos presentaría, al mismo tiempo, ejemplos de conducta y ese interés surecido de la simpatía que buscamos vanamente en las aventuras del reducido número de personajes privilegiados que ocupan, solos, la escena histórica. Nuestras almas se asociarán al destino de las masas de hombres que han vivido y sentido como nosotros, más que a la fortuna de los grandes y de los príncipes, la única que nos refieren y la única que no encierra lecciones para nuestra utilidad; el progreso de las masas populares hacia la libertad y hacia el bienestar nos parecería más importante que la marcha de los

(1) "Del feudalismo, de las instituciones de San Luis", etc., París, 1822, pág. 83.

(2) "Sobre las franquicias de las comunas". Este estudio, el primer esbozo del trabajo sobre la historia del Tercer-Estado, ha sido publicado en el "Correo Francés" del 13 de octubre de 1820.

conquistadores, y sus miserias más emocionantes que las de los reyes desposeídos" (1).

Así es el pueblo, es la nación entera la que debe ser héroe de la historia. Agustín Thierry habla con una sorda cólera de estos legisladores, a los cuales recurriría sin cesar la escuela histórica del siglo XVIII. Pero esto no es todo. En la masa de "ciudadanos" hay privilegiados y desheredados, opresores y oprimidos. Es la vida de estos últimos la que, ante todo, debe llamar la atención de los historiadores. "Nosotros que somos sus descendientes, creemos que han valido algo, y que la parte más numerosa y más olvidada de la nación merece revivir en la historia. Si la nobleza puede reivindicar en el pasado los altos hechos de armas y el renombre militar, hay también una gloria para el estado llano, la de la industria y la del talento. Era un plebeyo quien cuidaba el caballo de guerra del gentilhombre y unía las placas de acero de su armadura. Los que alegraban las fiestas de los castillos por medio de la poesía y de la música, eran también los plebeyos; en fin, la lengua que hablamos es la del estado llano; él la creó en un tiempo en que las cámaras y las torrecillas resonaban con los sonidos rudos y guturales de un dialecto germánico" (2).

Más de una vez Agustín Thierry recuerda con orgullo que es un "plebeyo" y un "hijo del Tercer-Estado". Y su valor esta fuera de toda duda. Hace suyas todas las querellas de este estado.

Su punto de vista, es el punto de vista de la lucha del estado llano con la nobleza, el punto de vista de "la lucha de clases". Esto asombrará, tal vez, a más de un lector. Se cree generalmente que son "los socialistas de la escuela de Marx" los primeros que han introducido esta concepción en la ciencia histórica, pero es erróneo. Ha sido introducida "antes de Marx": dominaba en esta escuela histórica francesa que Chateaubriand llamaba impropriadamente escuela política y a la que pertenecía Agustín Thierry. Para Guizot, toda la historia de Francia está en la lucha, en la "guerra" de las clases. Desde hace más de trece siglos Francia contenía dos pueblos, un pueblo vencedor, "la nobleza"; un pueblo vencido, "el tercer-estado", y desde hace más de trece siglos el pueblo vencido luchaba para sacudir el yugo del pueblo vencedor. La lucha ha continuado bajo todas las formas y con todas las armas: "cuando en 1789, los diputados de Francia entera fueron reunidos en una sola asamblea, los dos pueblos se han apresurado a reanudar su vieja querrela. La hora de terminarla había llegado al fin (3). La Revolución cambió la situación recíproca de los dos pueblos, el viejo pueblo vencido se hizo pueblo vencedor, y conquistó Francia a su vez. La Restauración misma se vio forzada a aceptar este hecho consumado. La Carta proclamó que este hecho era justo y, al firmar la Carta, Luis XVIII se hizo jefe de los nuevos conquistadores. Pero el pueblo últimamente vencido, el viejo pueblo vencedor, no se resignó a su derrota.

(1) Primera carta sobre la historia de Francia publicada en el *Correo Francés* del 13 de julio de 1820.

(2) *Ibidem*.

(3) Guizot, "Acercas del gobierno de Francia después de la Restauración y del ministerio actual", París, 1820, págs. 2 y 3.

Continuó la vieja lucha trece veces secular, y en los debates de la Cámara, la cuestión se plantea, como se planteaba antes, entre la igualdad y el privilegio, entre la clase media y la aristocracia. Ninguna paz es posible entre ellas. Conciliarlas, es un proyecto quimérico. Reunirlas, no lo sería menos" (1).

Esto es claro y preciso. Pero Guizot sabía, hablaba con más claridad y con más precisión todavía. Cuando, después de la publicación del trabajo que acabamos de citar, sus enemigos políticos le reprochaban el fomentar la guerra social, respondió que expresando el hecho histórico de la lucha de clases no decía nada de nuevo. "No quería, escribió, sino resumir la historia política de Francia. La lucha de las órdenes llenó o más bien hizo toda esta historia (sic!). Se sabía y se decía esto muchos siglos antes de la revolución. Se sabía y se decía en 1789, se sabía y se decía hace tres meses. Aunque se me acuse ahora por haberlo dicho no creo que nadie lo haya olvidado. Los hechos no se desvanecen según el placer y para comodidad momentánea de los ministros y de los partidos. ¿Qué diría M. de Boulainvilliers si, de regreso entre nosotros, oyera negar que el tercer-estado ha hecho la guerra a la nobleza, que ha luchado constantemente para despojarlo de sus privilegios y transformarse en su igual? ¿Qué dirían tantos burgueses valerosos enviados a los Estados Generales para conquistar o defender los derechos de su orden si resucitaran para enterarse de que la nobleza no ha hecho la guerra, al tercer-estado, que no se ha alarmado viéndolo crecer, que no se ha opuesto siempre a sus progresos en la sociedad y en el poder?" Toda esta lucha, "no es una teoría, ni una hipótesis; es el hecho mismo en toda su simplicidad", y este hecho, "lejos de ser un mérito verlo, es casi ridículo refutarlo" (2). Si ciertos partidarios de la nobleza querían hacerlo olvidar, es que no consideraban ya a su orden como bastante fuerte para sostener una lucha abierta, es que viéndola flaquear se esforzaban por engañar a la clase media. Y Guizot los apostrofaba con la vehemencia de un tribuno indignado. "Descendientes degenerados de esta raza que ha dominado un gran país y ha hecho temblar a grandes reves, exclamaba, ¡cómo!, ¡renegáis de vuestros antepasados y de vuestra historia! ¡Porque os sentís decepcionados protestáis contra vuestro pasado esplendor! ¡Porque os pedimos de no ser más que nuestros iguales, negáis haber sido nuestros amos!... Yo sentiría un poco de vergüenza, lo confieso, de estar obligado a resumir aquí la historia de Francia, y de probar, yo, burgués, a los adversarios de la igualdad constitucional, que son demasiado humildes en sus recuerdos", etc. (3).

Artista más que luchador, Agustín Thierry no ha preconizado jamás la guerra de las clases con tanta fuerza y con tanta cólera como Guizot, uno de los más notables campeones políticos de la burguesía francesa. No comprendía menos toda la significación histórica de la guerra que la clase media de entonces hacía a

(1) *Ibidem*, pág. 108.

(2) En el suplemento a las dos primeras ediciones de la obra citada (prólogo de la tercera ed.).

(3) *Ibid.*, pág. 8.

la nobleza: "La nobleza actual —escribía en 1820 a propósito de la obra de Warden sobre los Estados Unidos de América del Norte—, se aproxima por sus pretensiones a los hombres con privilegios del siglo XVI; éstos se decían descendientes de los poseedores de hombres del siglo XIII que se aproximaban a los francos de Carlos el Grande, que se remontaban hasta los sicambrios de Clodoveo. Se puede contestar aquí que la filiación natural, la descendencia política es evidente. Démosela, pues, a aquellos que la reivindican, y nosotros, reivindicamos la descendencia contraria. Somos los hijos de los hombres del Tercer-Estado surgido de las comunas; las comunas fueron el asilo de los siervos; los siervos eran los vencidos de la conquista. Así, de fórmula en fórmula, a través del intervalo de quince siglos, somos conducidos al término extremo de una conquista que se trata de borrar. Dios vigila para que esta conquista abjure de sí misma hasta en sus últimos rasgos, y que la hora del combate no tenga necesidad de reposar. Pero sin esta abjuración formal, no esperemos ni libertad ni honor. Pero no esperemos nada de lo que hace tan feliz y digna de envidia la estado en América; los frutos que produce esta tierra no crecerán jamás sobre un suelo donde permanecen impresos vestigios de invasión" (1).

Así, de una manera o de otra, por los medios pacíficos o por el "combate", la burguesía debe destruir los privilegios de la nobleza o, como decía Guizot y antes que él Sieyès, el pueblo vencido debe transformarse en conquistador a su vez. Podríamos encontrar fácilmente en las obras de Mignet y en las de Thiers, páginas semejantes a las que acabamos de citar. Es inútil. Ya está demostrado ahora que cuando los marxistas hablan de la lucha de clases, no hacen más que seguir en esto el ejemplo de los teóricos e historiadores más distinguidos del Tercer-Estado. Hay más. Guizot no exageraba nada diciendo que los "representantes de la nobleza" conocían su existencia tan bien como los del Tercer-Estado. En las "Consideraciones sobre la Historia de Francia" de Agustín Thierry, que preceden a sus "Relatos de los tiempos merovingios", el lector encontrará un análisis bastante detallado de los sistemas históricos anteriores a 1789, cosa que hace ver claramente hasta qué punto la lucha de las clases, que componían la vieja sociedad francesa, influyó sobre los puntos de vista de los historiadores, partidarios de una u otra de estas clases. El lenguaje de un Boulainvilliers o de un Guizot o el de un agitador marxista de nuestro tiempo.

Lo que distingue la lucha de clases encarada por los historiadores franceses del tiempo de la Restauración, de la preconizada por los socialistas de nuestros días, es, ante todo, la posición social de la clase a la cual se dirigen los teóricos de la guerra social. Los historiadores del tiempo de la Restauración hablaban muy bien del "pueblo", de la "nación", de la "masa de ciudadanos", del "Tercer-Estado" en su totalidad; lo que defendían, en realidad, eran los intereses de una pequeña parte de la

(1) En el "Censor Europeo", del 2 de abril de 1820.

nación, "los intereses de la burguesía". Guizot lo sabía muy bien y lo decía, por lo mismo: "Yo sé... que la revolución, entregada a sí misma, libre de temor, segura del triunfo, producirá natural y necesariamente su propia aristocracia que marchará a la cabeza de la sociedad; pero esta aristocracia será de otra especie y constituida de muy distinta manera que aquella de la cual vemos los restos" (1). No es cierto, pues, que como lo aseguraba el mismo Guizot, la lucha del Tercer-Estado contra la nobleza significaba la lucha de la "igualdad" contra el "privilegio". No se trata, en el fondo, más que del triunfo de un nuevo privilegio, de un privilegio "constituido de muy distinta manera" que aquel cuyos vestigios combatían Guizot y sus amigos. Agustín Thierry no lo comprendía probablemente de una manera tan clara como el futuro ministro de Luis Felipe. Pero su ideal no iba más allá del triunfo de "la clase media". He aquí, por ejemplo, cómo resume la obra de la gran revolución francesa: "En lugar de las antiguas órdenes, de las clases desiguales en derechos y en condición social (¡sic!), no hubo más que una sociedad homogénea; hubo 25 millones de almas, formando una sola clase de ciudadanos, viviendo bajo la misma ley, el mismo reglamento, la misma orden" (2). ¿Qué quedaba por hacer, pues?... Nada más que garantizar la nueva sociedad contra los ataques de los partidarios del antiguo régimen, las conquistas de la burguesía, contra los rencores de la nobleza, vencida en la gran guerra de las clases. Es cierto que, aún después de 1830, cuando la victoria de la burguesía está consumada, Agustín Thierry, viejo alumno e "hijo adoptivo" de Saint-Simon, no está enteramente con los satisfechos, como lo está Guizot, enemigo acérrimo de todo movimiento de la clase obrera. El autor de las "Consideraciones sobre la historia de Francia" parece no censurar completamente las nuevas tendencias políticas y sociales que comienzan a vislumbrarse desde los primeros años del reinado de Luis Felipe. Pero está lejos de comprender estas tendencias, desea la "paz social", la "fusión de las clases", él precisamente que bajo la Restauración preconizaba su "guerra". De modo que la paz social, en las condiciones actuales, no es ni podría ser otra cosa que la reconciliación del proletariado con el juez que le impone la "nueva aristocracia" (3).

Además, será justo recordar que, bajo la Restauración y bajo Luis Felipe, aún los teóricos de la clase obrera, los socialistas y comunistas, no comprendían todavía que el proletariado tiene su guerra social por hacer y su victoria política por alcanzar. Con muy pocas excepciones, estaban, también, en cuanto al problema obrero, por la "fusión", más o menos completa, de las clases y no por su "lucha". Saint-Simon, a quien Agustín Thierry debía todas sus ideas históricas, era uno de los más clau-

(1) *Acron de gobierno de Francia*, etc., pág. 108.

(2) *Consideraciones sobre la historia de Francia*, que preceden a los *Relatos de los tiempos merovingios*, París, 1840, pág. 143.

(3) La "paz social constituye también el deseo de Guizot. Si, después de 1848, está contra la República, es que la República democrática, desde sus primeros actos, está en un tris de sumergirse y de sumergirse, decía en enero de 1849 (*Acron de la Democracia en Francia*, pág. 42). ¡Tempora mutantur! ¡Cómo es de diferente este lenguaje del que Guizot usaba en 1820!

rosos partidarios de la guerra de las abejas contra las avispas. Pero, una abeja para Saint-Simon, era tanto un fabricante o un banquero como un obrero. Lo mismo con respecto a los Saint-Simonianos. Enfantin comprendía perfectamente que "la renta sobre las tierras" y "el interés del capital" son el producto de un trabajo "no pagado": "Los propietarios que arriendan sus tierras extraen como beneficio, dice, por medio del arriendo, una porción de los productos creados por el trabajo de los hombres laboriosos; tal es, en efecto, el resultado de la locación de los capitales y ésto equivale a decir que los trabajadores pagan a cierta gente para que descansen y para que dejen a su disposición los materiales de producción" (1). Es hablar bien. Pero, ¿qué es la renta de un empresario que emplea un capital prestado? ¿No es ésta, también, producida por la explotación de los obreros? No, responde Enfantin, el empresario debe su beneficio a su propio trabajo. Beneficio y salario, es todo una misma cosa para Enfantin, y hasta este punto es como se muestra incapaz de comprender a Ricardo cuando el economista inglés dice: "there can be not rise in the value of labour without a fall of profits" (2).

Esto explica perfectamente por qué los Saint-Simonianos no querían ir hablar de la lucha de clases: estaban profundamente convencidos de que los patronos y los obreros no forman más que una sola clase y que sus intereses son solidarios. Los Saint-Simonianos no podían combatir más que la "clase" de los "hombres de guerra y de los parásitos", y aún a ésta hubieran preferido "enternecerla" y "convertirla" (3).

Cuando los filósofos del siglo XVIII clamaban contra "el privilegio", no combatían en el fondo más que la "propiedad feudal". Un propietario era, a sus ojos, un explotador desvergonzado del trabajo de otro, casi un bandido. "La propiedad burguesa" se les representaba, por el contrario, bajo una faz más bien favorable. El provecho industrial y comercial les parecía el producto del trabajo del comerciante y del fabricante; el misterio de la plus-valía permanecía impenetrable para ellos. Los teóricos de la burguesía del siglo XIX han heredado, bastante exactamente, esta falta teórica de sus antecesores. Si la renta de un obrero está lejos de ser tan grande como la de un capitalista, es que el obrero no trabaja o no ha trabajado tanto como el capitalista. Identificando el beneficio del empresario con el salario del obrero, Saint-Simon y los Saint-Simonianos no hacían, pues, más que repetir la falta de los representantes intelectuales de la burguesía. En teoría, la situación del obrero frente a su patrón y, por consecuencia, del proletariado frente a la burguesía no se vuelve clara y exenta de toda aberración, más que desde el momento en que la

(1) *El productor*, Ier, vol., París, 1825, art. *Consideraciones sobre la baja progresiva del alquiler de los objetos mobiliarios e inmobiliarios*, págs. 242-243.

(2) "Ricardo, subraya ingenuamente Enfantin, entiendo siempre por provecho la renta del capitalista. (Enfantin quiere decir: del prestamista del capital. — J. P.) y dice que el alza del precio del trabajo disminuye la parte del hombre que no trabaja. — *Ibid.*, pág. 543".

(3) "No habrá paz y felicidad para ninguna clase más que cuando la lucha entre las clases haya cesado, que cuando todas hayan sido convertidas y entermecidas porque todas necesitan ser entermecidas y convertidas". *El Globo*, n° 188.

ciencia económica pudo explicar al fin la naturaleza del origen de la "plus-valía". Este descubrimiento hecho por Carlos Marx, puso fin a todos los errores de los socialistas en cuanto a la "lucha de clases". Los socialistas de nuestros días aceptan gustosos el proyecto, tan caro antes a los socialistas utopistas, de "convertir" y de "entenercer" a las "clases elevadas", pero con la condición de convertirlos y entenercerlos "después de haberlas expropiado". Cualquiera que conozca "la naturaleza humana" convendrá en que se convertirán entonces más fácilmente que ahora (1).

Los socialistas de nuestros días saben perfectamente que cuando se trata de combatir una "aristocracia" de cualquier "especie" que sea, no puede haber "ni paz ni reposo", mientras no sea vencida y desarmada.

Los burgueses de nuestros días acusan a los socialistas de fomentar la "guerra" allí donde es necesario pacificar y reconciliar. Pretenden que la burguesía no ha obrado jamás de esa manera. Nosotros les responderemos como Guizot respondía antes a la nobleza: "¡raza degenerada, aquí está la historia para confundiros!".

"La contra-revolución... ha comprendido siempre claramente que, para alcanzar su finalidad, su primer cuidado debía ser el de tomar por todas partes el poder, para emplearlo y constituirlo en seguida según su interés. Que el partido nacional sepa a su turno todo lo que le concierne, no equivale a demoler el poder, pero sí a poseerlo".

Es así como escribía Guizot en 1820. En tanto que los socialistas confundían en conjunto los intereses económicos de los proletarios y de los burgueses, no podían tener más que una noción errónea del deber político de la clase obrera. "En cuanto a los derechos llamados "políticos", escribía un Saint-Simoniano, en 1830, no vemos lo que tienen de común con el bienestar de las masas" (2). Los socialistas de nuestros días, que no se engañan ya acerca del antagonismo irreconciliable de los intereses del proletariado y de la burguesía, ven muy bien en qué "los derechos llamados políticos" influyen en el bienestar de las masas. Comprenden que "cada lucha de clases, es una lucha política", y tratan, también ellos, no de demoler el poder político, como querían los "compañeros anarquistas", sino de "poseerlo".

La lucha de clases forma toda la historia de las sociedades civilizadas. Los historiadores franceses del tiempo de la Restauración lo sabían perfectamente y no lo olvidaron más que cuando el sepulchro de la burguesía, el proletariado moderno, apareció sobre la escena política. Pero estos historiadores, ¿cómo se explicaban este proceso histórico que engendra el antagonismo de los intereses en una sociedad primitivamente homogénea?

El lector ha visto ya que ellos parangonaban, en Francia, la lucha del Tercer-Estado contra la nobleza, a la conquista de los

galos por los francos. La conquista desempeña, en general, un gran papel en su filosofía de la historia de los pueblos modernos. Agustín Thierry cuenta que un día, leyendo algunos capítulos de Hume, "para apuntalar" sus opiniones políticas, fué sorprendido por una idea que le pareció un rayo de luz y que dijo cerrando el libro: "Todo esto data de una conquista; no hay más que una conquista detrás de esto", y, en seguida, concibió el proyecto de rehacer, desde este nuevo punto de vista, la historia de las revoluciones de Inglaterra (1). Esto fué en 1817; desde entonces, la nueva idea de nuestro autor le ha servido de base en muchas otras síntesis históricas, pero sus "Aspectos de la revolución de Inglaterra", publicadas en el cuarto volumen del "Censor Europeo", de 1817, dejan ver perfectamente ya, todo el valor, así como todas las fallas de su punto de vista.

"Cada personaje cuyos abuelos habían sido enrolados en el ejército de invasión, dejaba su castillo para ir al campo real a tomar el mando que su título le asignaba. Los habitantes de las ciudades y de los puertos iban a parar en montón al campo opuesto. Se podía decir que el grito de guerra de los dos ejércitos era, por un lado, "ociosidad y poder"; por el otro, "trabajo y libertad"; porque los ociosos, la gente que no quería otra ocupación en la vida que la de gozar sin pena, sea de la casta que fueran, se enrolaban en las tropas reales, donde iban a defender los intereses conformes a los suyos; mientras que las familias de la casta de los antiguos vencedores, que la industria había ganado, se unían al partido de las comunas" (2).

He aquí, pues, lo que era el movimiento revolucionario en Inglaterra en el siglo XVII. Una reacción violenta de los antiguos vencedores contra los antiguos vencidos. En el primer momento, esto parece muy plausible. Pero releviendo el trozo citado, nos asalta la duda. Había descendientes de los antiguos conquistadores que, "ganados a la industria", se unían al partido "del trabajo y de la libertad". Del otro lado, el campo real se poblaba de todos aquellos que no querían sino "gozar sin pena" y, entre éstos, se encontraban siempre, según el decir de nuestro historiador, hombres de todas las "castas". Había, pues, la divergencia de los intereses en la cual estaba comprendido, por muchos aspectos, el movimiento económico causado por los progresos de la "industria". Además, el mismo Agustín Thierry lo dice: "a causa de estos intereses positivos era como la guerra se sostenía por una parte y por otra. El resto no era más que apariencia o pretexto. Los que se enrolaban en la causa de los súbditos eran la mayor parte presbiterianos, es decir que, ni siquiera en religión admitían un yugo. Los que sostenían la causa contraria eran episcopales o papistas, es decir, que deseaban encontrar hasta en las formas del culto, poder para ejercer e impuestos para erigir sobre los hombres" (3). La causa es, pues, perfectamente clara.

(1) Diez años de estudios históricos, t. VI de las Obras completas de Agustín Thierry, prefacio.

(2) Aspectos de las revoluciones, etc. Obras completas de A. Thierry, t. VI, pág. 66.

(3) Ibid., la misma página.

(1) "Los unos, por su inteligencia y la buena conducta, se crean un capital y entran en la vía del bienestar y del progreso. Los otros, o limitados o peregrinos o descuidados permanecen en la condición estrecha y precaria de las existencias fundadas únicamente sobre el salario". Guizot, *Acercas de la Democracia en Francia*, pág. 76.

(2) *El Globo*, nº 183.

La guerra se hacía para servir los intereses "económicos" de los partidos, y el "poder" mismo no era, en el fondo, más que un medio que estos partidos se esforzaban en alcanzar con el fin de hacer triunfar sus intereses. Agustín Thierry lo comprendía tan bien como Guizot (1). Y esto no es todo. Comprendía también que, invadiendo Inglaterra, los Normandos tenían, ante ellos, un fin económico netamente marcado: querían ganar, como él dice, reproduciendo la expresión de un viejo narrador. Cita el discurso pronunciado por Guillermo el Conquistador, antes de la batalla de Hastings, que nos muestra lo que se oculta "detrás de una conquista" (2). ¿Qué necesidad tenía, pues, de recurrir a ella justamente donde la conquista, lejos de dar una explicación definitiva de los acontecimientos, no se explica a su vez, en su fin y sobre todo en "sus resultados", más que por el estado social de los vencedores y de los vencidos?

Es que la escuela a la cual pertenecía Agustín Thierry tenía ideas muy confusas en cuanto a "la historia económica" de la humanidad. Lo mismo que los economistas burgueses, consideraba la "sociedad capitalista" como la única conforme a "la naturaleza humana" y a la voluntad de la "Providencia". Toda organización social que no se basaba sobre el capitalismo le parecía antinatural o, por lo menos, "extravagante" (3). Podían explicar muy bien la lucha de los burgueses de la Edad Media contra los señores feudales; era un movimiento "natural", puesto que debía vol-

(1) Guizot, *Historia de la Revolución de Inglaterra*. En el prefacio, con una gran saciedad, el autor declara superficial y ligero la opinión de que la revolución de Inglaterra era más bien política, mientras que la de Francia ha querido cambiar el gobierno y la sociedad: "La tendencia, dice, era la misma como el origen". La revolución inglesa procede de los cambios sobrevinidos en "el estado social" y las costumbres del pueblo inglés". Conf. *Ídem*, págs. 11, 12 del primer tomo de la edición de 1841 y el *Discurso sobre la historia de la revolución de Inglaterra*, Berlín, 1850.

(2) "Tratad de combatir bien, decía dirigiéndose a sus compañeros, y combatid a muerte, porque si los venecemos, seremos ricos. Lo que ganaré, lo gozaré; si me apodero de la tierra, vosotros la tendréis". (*Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, París, 1838, t. I, pág. 352). Por su parte, los que eran atacados, se decían entre ellos: "Debemos combatir sea cuál sea para nosotros el peligro; porque no se trata ahora de recibir un nuevo señor, se trata de otra cosa muy distinta. El duque de Normandía ha dado nuestras tierras a sus barones, a sus caballeros, a toda su gente, y la mayor parte ya le han hecho homenaje; todos querrán tener su dávala; el duque se transforma en nuestro rey y él mismo se encargará de entregarlos nuestros hijos", etc. *Ibid.*, pág. 347.

(3) Es así como Agustín Thierry califica la *gens* de las antiguas tribus bretonas. Según Guizot, ha habido siempre y en todas partes, habrá en todas partes y siempre, rentistas, empresarios y asalariados. Estas diversidades "no son hechos accidentales o especiales de tal o cual país; son hechos universales que se producen naturalmente en toda sociedad humana... Y cuanto más de cerca se mire, más se convencerá uno de que estos hechos están en íntima ligazón y en el mismo se encargará de entregarlos nuestros hijos", etc. *Ibid.*, pág. 347.

(3) Es así como Agustín Thierry califica la *gens* de las antiguas tribus bretonas. Según Guizot, ha habido siempre y en todas partes, habrá en todas partes y siempre, rentistas, empresarios y asalariados. Estas diversidades "no son hechos accidentales o especiales de tal o cual país; son hechos universales que se producen naturalmente en toda sociedad humana... Y cuanto más de cerca se mire, más se convencerá uno de que estos hechos están en íntima ligazón y en el mismo se encargará de entregarlos nuestros hijos", etc. *Ibid.*, pág. 347.

(3) Es así como Agustín Thierry califica la *gens* de las antiguas tribus bretonas. Según Guizot, ha habido siempre y en todas partes, habrá en todas partes y siempre, rentistas, empresarios y asalariados. Estas diversidades "no son hechos accidentales o especiales de tal o cual país; son hechos universales que se producen naturalmente en toda sociedad humana... Y cuanto más de cerca se mire, más se convencerá uno de que estos hechos están en íntima ligazón y en el mismo se encargará de entregarlos nuestros hijos", etc. *Ibid.*, pág. 347.

ver la estructura de las sociedades europeas al tipo dado por la naturaleza. Pero, en cuanto al feudalismo en sí, no podían ver en él más que una desviación, en el movimiento histórico, de su tendencia normal. Según esto, la explicación más plausible de semejante desviación se encontraba en la violencia de los conquistadores. La violencia y la maldad están también, un poco, en la "naturaleza del hombre". Y si al buscar la base de una organización social dada, no abandonamos el punto de vista de la naturaleza humana, de un solo tiro matamos dos pájaros; por el lado bueno de la naturaleza del hombre, explicamos el sistema capitalista y todo movimiento que tiende a establecerlo; por el lado malo de esta misma naturaleza, explicamos el origen del feudalismo y de toda organización social más o menos "extravagante" a los ojos de un burgués.

Agustín Thierry, tanto como Guizot y Mignet, creía elevarse por encima de las miras históricas de los filósofos del siglo precedente que no veían en la Edad Media más que un triunfo largo e ininterrumpido de la tontería humana. Pretendía ser mucho más justo frente a esta época.

Veía, en verdad, más claro que los filósofos. Pero lo que él veía, eran sobre todo las tendencias emancipadoras de los ciudadanos de entonces, "la formación y el progreso del Tercer-Estado", y no la "naturaleza" del sistema feudal por entero. Comprendía el feudalismo en su disolución y no en sus orígenes. En cuanto a estos, "la conquista" no ha cesado de ser para él la clave del enigma.

Hemos dicho más arriba que Agustín Thierry debía a Saint-Simon todas sus ideas históricas. Saint-Simon era del parecer de que Guizot también le debía las suyas. Sea como sea es incontable que quien haya leído atentamente las obras de Saint-Simon no encontrará, en las obras de Guizot, nada de nuevo en cuanto a filosofía de la historia. Además, Saint-Simon, que insistía sobre la superioridad del sistema de organización social de la Edad Media sobre el de los pueblos de la antigüedad, no apreciaba estas ventajas más que desde el punto de vista de la facilidad que daban a la evolución del régimen "industrial" moderno. El feudalismo no fué para él un sistema basado únicamente sobre el derecho del más fuerte y dominado por el espíritu de conquista (1).

Es indudable que la razón de ser histórica de los señores feudales, estaba, ante todo, en su función militar. En este sentido se puede hablar de la naturaleza militar de su propiedad. Pero no debe olvidarse que ésta no es más que una manera de hablar. ¿Por qué el servicio militar, en la Europa de hoy, se hace de otro modo

(1) "El único punto importante sobre el cual los historiadores modernos de todas las naciones están de acuerdo, es un error... Todos han llamado a los siglos pasados, desde el siglo XI hasta el XV, siglos de barbarie, y la verdad es que durante éstos se han establecido todas las instituciones de detalle que han dado a la sociedad europea una superioridad política decidida sobre todas las que la habían precedido!" *Memoria sobre la gravitación universal*, en las *Obras* de Saint-Simon y de Enfantin. La Edad Media, es la época "en que la guerra era y debía ser mirada como el primer medio de prosperidad para las naciones" y donde "la propiedad de la tierra... era de origen y de naturaleza puramente militar". *El Organizador*, *Obras*, t. XX, págs. 81 y 83.

que en la Edad Media? ¿Por qué ha cambiado de "naturaleza"? Porque la estructura económica de las sociedades europeas no es ya lo que era entonces. El modo de producción dominante en una sociedad determina, en último análisis, el modo de la satisfacción de las necesidades sociales.

A los historiadores de la escuela de que hablamos en este estudio, les era grato repetir con Mignet, que el feudalismo estuvo en las necesidades antes de estar en el hecho; pero comprendían su "naturaleza" tan poco como el origen de las necesidades del hombre social en las diversas fases de su evolución. Su filosofía histórica se reduce a ésto: antes de ser "causa", las constituciones políticas son "efecto"; su raíz se incrusta en el estado social de los pueblos; el estado social está determinado por el estado de las propiedades y, entre los pueblos modernos, particularmente por el de la propiedad de la tierra (1); en fin, en cuanto al estado de las propiedades, se explica por la naturaleza del hombre que ya en el siglo XVIII había desempeñado un papel tan importante en las teorías políticas y sociales de los filósofos y de la cual A. Comte, el titulado enemigo de la metafísica, ha hecho una verdadera entidad metafísica en su pretendida "sociología". ¿La naturaleza humana es invariable? Entonces, no es ella la que nos explicará los cambios que se producen en las relaciones sociales y cuyo conjunto constituye lo que llamamos el proceso histórico. ¿Varía a su vez? Entonces, es necesario encontrar la causa de sus variaciones. En los dos casos la "naturaleza del hombre" está igualmente lejos de explicar cualquier cosa en el movimiento histórico de la humanidad.

"Las relaciones de propiedad" entre las tribus australianas no son las que existen en el presente entre los pueblos de Europa occidental. ¿A qué se debe? ¿Los australianos serán de otra naturaleza que los europeos o serán rebeldes a la voz de su naturaleza? Ni lo uno ni lo otro. Sus relaciones de propiedad son las que deben ser en el estado actual de sus "fuerzas productivas". Son "naturales" mientras permanecen conformes a este estado; serán "antinaturales", cuando las fuerzas productivas de las tribus australianas lleguen a un grado superior.

Para existir el hombre debe obrar sobre la naturaleza exterior, debe "producir". La acción del hombre sobre la naturaleza exterior está, en cada momento dado, determinada por sus medios de producción, por el estado de sus fuerzas productivas: cuanto más grandes sean estas fuerzas, más productiva es esta acción. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas lleva necesariamente ciertos cambios en las relaciones recíprocas de los productores, en el proceso social de la producción. Son estos cambios los que,

transcriptos en lengua jurídica, se llaman "cambios en el estado de la propiedad". Además, como estos cambios en el estado de la propiedad llevan a cambios en la temperatura social en su totalidad, se puede decir que el desarrollo de las fuerzas productivas cambia la "naturaleza" de la sociedad, y como, por otra parte, el hombre es el producto de su medio ambiente social, es evidente que el desarrollo de las fuerzas productivas, cambiando la "naturaleza" del medio social, cambia la "naturaleza" del hombre. La naturaleza del hombre no es "causa", sino solamente "efecto" (1).

Si, desde este punto de vista, que es el punto de vista de la "filosofía materialista de la historia", se quisiera juzgar las concepciones históricas fundamentales de Guizot, de Mignet y de Agustín Thierry, se debería decir:

Es perfectamente cierto que antes de ser causa, las constituciones políticas son efecto; es igualmente cierto que, para comprender las instituciones políticas, es necesario conocer la naturaleza y las relaciones de propiedad. Pero la importancia social del estado de las propiedades es mucho más grande de lo que creían los historiadores. Se hace sentir "por todas partes", y no solamente "entre los pueblos modernos"; es injusto, también, decir que es particularmente a la naturaleza de la propiedad de la tierra que se debe el carácter de las instituciones políticas: la influencia de lo que se llama la propiedad mobiliaria no es menos importante. Si, en la Edad Media, los grandes propietarios de tierras constituían la clase dominante en la sociedad, esto surgía del estado de las fuerzas productivas en aquel tiempo. En fin, es en el desarrollo de estas fuerzas y no en la naturaleza del hombre que es necesario buscar la causa de la evolución histórica de las formas de la propiedad.

Llegamos así a un resultado que parecerá tal vez bastante inesperado a ciertos lectores prevenidos contra la concepción materialista de la historia. He aquí este resultado: el materialismo de Carlos Marx no condena en bloque y sin discernimiento las ideas históricas de las escuelas precedentes; no hace más que desmenuzar estas ideas de una contradicción fatal, gracias a la cual estas ideas no podían salir de un círculo vicioso.

Otro resultado que no nos parece menos digno de atención, es que, si es falso decir que Marx fué el primero que habló de la lucha de clases, está fuera de duda que es él quien, primeramente, devolvió la verdadera causa del movimiento histórico de la humanidad y, por esto mismo, la "naturaleza" de las diversas clases que, una después de la otra, aparecen sobre la escena del mundo. Esperemos que el proletariado sabrá hacer buen uso de este precioso descubrimiento del gran pensador socialista.

Traducción de
Alicia Ortiz

(1) V. Mignet, *Acercas del feudalismo*, pág. 35 y, sobre todo, Guizot, *Ensayo sobre la historia de Francia*: "El estudio del estado de las tierras debe, pues, preceder al del estado de las personas. Para comprender las instituciones políticas, es necesario conocer las diversas condiciones sociales y sus relaciones. Para comprender las diversas condiciones sociales es necesario conocer la naturaleza y las relaciones de las propiedades"; (pág. 75-76, décima edic.) Comparad con Saint-Simon: "La ley que constituye la propiedad es la más importante de todas; es la que sirve de base al edificio social".

(1) Para corregir lo que este concepto de Plejanov tiene de insuficiente, pues no toma en cuenta la acción recíproca que es fundamental en el marxismo, ver los ensayos de Mondolfo y Friedmann en los números 2 y 5 de "Dialéctica", respectivamente. A. P.

Marx y la literatura mundial

por F. Schiller

Cualquiera que haya estudiado a Carlos Marx no habrá dejado de notar con qué frecuencia usa citas literarias en sus obras y en su correspondencia, provenientes desde los grandes clásicos de la literatura universal hasta los poemas revolucionarios de oscuros autores. El lector de "El Capital" advierte con qué maestría hace uso de figuras literarias en sus sátiras mordaces contra el capitalismo, y cómo abreva en los tesoros de la literatura mundial —en Esquilo, Sófocles, Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Balzac, Heine y otros—, para dar a sus discursos color, fuerza y expresión.

Las numerosas declaraciones sobre literatura y arte hechas por Marx y Engels en el transcurso de su vida, no son notas aisladas y fortuitas, sino que constituyen más bien la base de la estética marxista. Además, suministran un rico material para la comprensión de la herencia literaria del pasado, del punto de vista proletario. Estas declaraciones muestran cómo los fundadores del socialismo científico conocían la literatura mundial y cuán juiciosas eran sus apreciaciones. Para ellos los problemas de estética, de literatura y de arte, lejos de tener un interés secundario, formaban parte integrante de su "visión general y valedera de las cosas del mundo" (Weltanschauung), de sus múltiples actividades teóricas y prácticas. Esto resulta cierto, aunque por diversas razones, sus puntos de vista sobre estos problemas hayan llegado a nosotros bajo una forma no sistemática sino fragmentaria.

Se han publicado, con todo, pocas investigaciones consagradas a los estudios que Marx hizo sobre el arte en 1840 y posteriormente.

Este artículo se propone: primero, examinar el interés que Marx manifestaba por la literatura mundial en 1850, en relación con sus estudios sobre los problemas económicos; segundo, exponer brevemente su actitud con respecto a los grandes clásicos de la literatura mundial, como Dante, Cervantes, Shakespeare, Goethe, Balzac, Heine y otros autores que desempeñan un papel excepcionalmente importante en sus obras y en su correspondencia; tercero, exponer el punto de vista de Marx sobre la herencia literaria del pasado, en su orden histórico cronológico.

En 1844, desde el comienzo de sus trabajos en París, Marx estudiaba los problemas económicos, no aisladamente, sino en relación estrecha con todos los problemas de la "sociedad civil": ley, moral, Estado, etc.

Al final del célebre manuscrito sobre el esbozo de una introducción a la "Crítica de la economía política", escribe:

"1. Producción. — Medios de producción y relaciones de producción. — Relaciones de producción y de distribución. — Formas del Estado y de la Propiedad en sus relaciones con la

Producción y la Distribución. — Relaciones jurídicas. — Relaciones familiares.

2. Relación del método idealista de escribir la historia tal como se ha seguido hasta ahora, y el método realista. Particularmente, la llamada historia de la civilización, que es la historia de la religión y de los estados.

3. Hechos secundarios y terciarios. En general, relaciones de producción derivadas, transmitidas, no originales. Aquí entran en juego las relaciones internacionales... (a tratar).

6. La relación desigual entre el desarrollo de la producción material y la producción artística, por ejemplo..."

Viene en seguida el célebre pasaje sobre el desarrollo desigual del arte y las palabras famosas sobre el arte griego y el arte shakespeariano, punto en el cual se interrumpe el manuscrito (1).

Marx se interesaba particularmente por la literatura y estudió sus relaciones con la sociedad burguesa en su origen y desarrollo. Vale decir: primero, la creación que refleja la grandeza y decadencia de la clase feudal; y, segundo, el Renacimiento, la literatura del período de desarrollo revolucionario de la burguesía contra el feudalismo, y sus perspectivas.

En cuanto a las razones de la consideración que Marx y Engels tenían por la literatura y el arte del Renacimiento, este ha escrito en su "Dialéctica de la Naturaleza" en 1880: "Fue la más grande mudanza progresiva que la Humanidad haya vivido hasta entonces, una época que necesitaba y que produjo Titanes de pensamiento potente, llenos de pasión y de carácter, de flexibilidad y de saber. Los que fundaron la dominación contemporánea de la burguesía fueron de todo, pero nunca mediocres burgueses. Por el contrario, estaban más o menos compenetrados del espíritu aventurero de su tiempo. En esa época cualquier hombre de alguna importancia había viajado mucho, hablaba cuatro o cinco lenguas y cultivaba muchas ramas del arte... Las gentes de entonces todavía no eran los esclavos de la división del trabajo, de la que observamos tan frecuentemente los efectos paralizantes y nefastos en sus sucesores. Sin embargo, es particularmente característico el hecho de que casi todos participaban en los intereses vitales de su tiempo, tenían una parte activa en la lucha práctica, tomaban partido de uno u otro lado, y luchaban realmente: con la palabra, con la pluma, con la espada o con cualquier otro medio. De ahí la plenitud y la fuerza de carácter que los hacía hombres integrales."

Esta característica, anotada por Engels, proporciona la mejor explicación del interés manifestado por Marx durante toda su vida por los autores del Renacimiento.

DANTE — CERVANTES — SHAKESPEARE

Tres autores de esta época desempeñan un papel particularmente importante en las obras y en la correspondencia de Marx: Dante, Cervantes y Shakespeare, que han reflejado en sus crea-

(1) Marx, *Crítica de la economía política*, pág. 238, traducción Merino, editor Berguá, Madrid, 1933. Hemos hecho referencia a estas páginas de Marx en el número 4 de "Dialéctica", p. 190-191.

ciones, con el poder del genio, la declinación del feudalismo y la aparición de la nueva cultura burguesa —tres de los representantes más sobresalientes del período de transición del feudalismo al capitalismo, del período de lucha entre dos direcciones y dos culturas.

"El eclipse del feudalismo medieval y el alba de la era capitalista moderna, dice Engels en 1893, en su prefacio a la edición italiana del "Manifiesto del Partido Comunista", fueron marcados por una figura colosal: Dante, que fué, al mismo tiempo, el último poeta de la Edad Media y el primero de nueva era". Fué desde este ángulo que Marx veía a Dante. Naturalmente, los escritores de esa época estaban todavía unidos al mundo feudal decadente, pero su gran poder creador consistió en el hecho mismo de que pintaron con tanta verdad y realismo la colisión de dos épocas. En un informe sobre un libro de Daumer en 1850, Marx y Engels subrayan —pensando sin ninguna duda en Dante, Cervantes y Shakespeare— el carácter trágico de las creaciones de ese tiempo en contraste con la estrechez de espíritu de la burguesía. "Si la ruina de las clases precedentes, escribían, por ejemplo, de la caballería, podía proporcionar la materia de tragedias monumentales, la clase media, naturalmente, no era capaz de producir nada más que manifestaciones impotentes de amargura fanática y una colección de lugares comunes a lo Sancho Panza".

Guillermo Liebknecht dijo en sus memorias que Marx sabía de memoria casi toda la "Divina Comedia" y que a menudo recitaba largos pasajes de ella. Se percibe uno de esto, por otra parte, por sus frecuentes citas. Que se recuerde solamente que Marx termina sus prefacios a la "Crítica de la economía política" y a "El Capital" con citas de Dante. Estimaba al gran exilado florentino por su intransigencia política y por su arte para pintar tipos y caracteres humanos, de los que Hegel había ya dicho que poseían "una independencia y una libertad de alma divinas, que quedaban en el infierno sin remordimientos y sin deseos, no acordándose más que de sus convicciones y de sus actos, implícitamente fieles a ellos mismos, conservando los mismos intereses, no manifestando ni quejas ni pesares". (Hegel, "Estética").

Otro autor, por el que Marx sintió durante toda su vida una predilección parecida, fué Cervantes. Lafargue ha hecho notar que Marx colocaba a Cervantes por encima de todos los novelistas, y consideraba a "Don Quijote" como la epopeya de la caballería difunta, en la que las virtudes de la nueva burguesía aparecían como objetos de mofa y de ridículo. Se encuentra un gran número de citas de "Don Quijote" en diferentes obras de Marx, especialmente en sus artículos de la "Neue Rheinische Zeitung" de 1848 y 1849 y en "El Capital". Hizo uso particularmente copioso de las imágenes de Don Quijote y de Sancho Panza en "La ideología alemana". En "San Max" (1) las imágenes de Cervantes le sirvieron para ilustrar brillantemente el carácter de Stirner, el ideólogo entusiasta de la pequeña burguesía alemana, y de Schelling, el pequeño burgués rastrero. El primero aparecía con los trazos de Don Quijote, el segundo con los de Sancho Panza. Sin

embargo, Stirner y Schelling cambian a menudo sus papeles, según los ejercicios temerarios a que ellos sometieron las clasificaciones abstractas de Hegel. Para mayor claridad, Marx cita a Cervantes abundantemente.

La significación de la obra de Shakespeare era todavía más grande ante los ojos de Marx. Ya Liebknecht, en sus memorias, dijo que Marx recitaba frecuentemente escenas enteras de Shakespeare, ayudado por su mujer que tenía un conocimiento profundo de este autor. En la célebre "Confesión" de Marx, bajo el título de "Poetas favoritos" son mencionados los nombres de Shakespeare, Esquillo y Goethe (cf. "Carlos Marx, hombre, pensador y revolucionario"). En sus memorias, Lafargue da más amplios detalles sobre los estudios shakesperianos de Marx. "Marx recitaba a Esquillo todos los años en el texto original y lo consideraba junto con Shakespeare como a los más grandes genios de la humanidad. Tenía por este último una admiración sin límites, había hecho un estudio profundo de él y conocía hasta los personajes más insignificantes de sus dramas. En 1848, con el fin de perfeccionar su conocimiento del inglés, que leía ya corrientemente, Marx emprendió la tarea de anotar y clasificar las expresiones específicamente shakesperianas".

Se encuentra el nombre de Shakespeare desde las primeras obras de Marx. Ya en su primer manuscrito de 1844 sobre la economía, anterior a "El Capital", lo cita constantemente y aparecen sus personajes muy frecuentemente con el fin de ilustrar los fenómenos tan complejos de la economía política: el poder del dinero, las relaciones capitalistas, etc. Así, en su obra de 1844, construye su capítulo sobre el dinero sobre citas de "Timón de Atenas" de Shakespeare y del "Fausto" de Goethe; del primero cita el monólogo sobre el dinero (acto IV, escena 3a.), que repite con variaciones en "La ideología alemana" y en "El Capital".

"Shakespeare pinta admirablemente la naturaleza del dinero —observa Marx a propósito de dicho capítulo de "Timón de Atenas"—, insiste particularmente sobre dos propiedades del dinero: primero, es el dios visible y universal, la transformación de todas las propiedades humanas y naturales en sus contrastes, la mezcla y la transformación general de las cosas, el que realiza lo imposible; segundo, es la concubina universal, el provocador de los pueblos y de las naciones. La deformación y destrucción de todas las propiedades humanas y naturales, la fraternal unificación de los contrarios, el poder divino del dinero reside en su naturaleza....".

Marx, en sus ensayos económicos, subraya a menudo esta notable concepción de Shakespeare sobre el papel social del dinero. Así, mientras muchos economistas han envuelto al dinero en una niebla mística, no comprendiendo su función social, el carácter nivelador que suprime toda distinción cualitativa y subordina todo a la fuerza cuantitativa, Marx estimaba en Shakespeare su profunda comprensión de las relaciones del dinero.

Consideraba a las obras de Shakespeare como el modelo de la creación realista, estimando especialmente su realismo histórico, su concepción profunda de las realidades, sus ricas descrip-

(1) Así se llama el capítulo III de "La Ideología Alemana".

ciones de diversos intereses, de las pasiones, de los tipos, de los personajes.

Es natural que con una tan alta opinión sobre Shakespeare, éste no podía dejar de desempeñar un papel importante en los intereses literarios de Marx. Así éste gratificaba alegremente a sus amigos o seriamente a sus enemigos con nombres de personajes de Shakespeare (cf., por ejemplo, el papel de Falstaff en "Her Vogt" o en "El Capital").

Es también característica la intención con que Marx y Engels seguían la literatura en pro y en contra de Shakespeare. Trataban con una ironía aplastante a los pobres caballeros que luchaban contra la shakespeareomanía, caballeros que emergieron en el campo de la literatura burguesa en la segunda mitad del siglo XIX. Esta literatura creía que su eclecticismo positivista podía superar a Shakespeare y a la literatura clásica del período de ascensión revolucionaria de la burguesía. Cuando el mediocre escritor burgués Benedix ensayó algunas tentativas similares en Alemania, Engels, que había leído su libro anti-shakespeareano, escribió a Marx el 10 de diciembre de 1873: "Este bribón de Roderich Benedix ha publicado un libro espeso y mal oliente sobre Shakespeare en el que proclama que éste no puede ser comparado con nuestros grandes poetas, ni aún con los de este tiempo. Aparentemente, Shakespeare debe ser bajado de su pedestal para hacer lugar a este zopenco de R. Benedix. Nada más que en el primer acto de "Las alegres comadres de Windsor" hay más vida y movimiento que en toda la literatura alemana..."

LITERATURA DE LA BURGUESÍA QUE ASCIENDE

Después de la literatura y del arte del Renacimiento, la atención de Marx fue atraída por las creaciones de la naciente burguesía de los siglos XVII y XVIII, que describían con un candor, un realismo y una precisión rayana a veces en el cinismo, las verdaderas relaciones de la sociedad capitalista en sus comienzos. Se puede citar, por ejemplo, a Daniel de Foe con su Robinson Crusoe, que refleja el carácter aventurero de la expansión capitalista británica en el siglo XVIII. Marx hace notar la candidez de los historiadores de la literatura que no ven en las "robinsonadas" o en las apreciaciones de Rousseau sobre la naturaleza, más que una simple reacción contra el refinamiento de la civilización. Marx liga la manera de tratar el individuo y la colectividad practicada por De Foe y Rousseau con el nacimiento y desarrollo de la sociedad burguesa (cf. "Introducción a la crítica de la economía política") (1).

Marx colocaba en el mismo plano que a De Foe a su brillante contemporáneo el gran satírico Swift. Estaba muy interesado por la exposición hecha por éste sobre las "explotaciones de los pañeros ingleses" en Irlanda, y en general por su sátira sobre el nacimiento del mundo capitalista, y por su pintura de los "métodos" de acumulación de la riqueza y empobrecimiento de la ciudad.

(1) Páginas 208-209 de la edición española ya citada.

Es inútil destacar la alta opinión que a Marx le merecía la literatura de la clase media naciente, a fines del siglo XVIII, en particular las obras de Fielding, Diderot y Lessing. "Marx era muy aficionado a las novelas del siglo XVIII, dice Lafargue, sobre todo a las de Fielding".

Eleanor Marx también ha dicho que su padre colocaba a Fielding en el mismo plano que a Balzac.

En cuanto a Diderot, su nombre es mencionado solamente en las "Confesiones" bajo la rúbrica de "prosistas favoritos". Además, lo cita en "La Santa Familia" y en el capítulo de "El Capital", donde describe el papel del Tesoro en la sociedad burguesa. Engels, en el "Anti-Dühring", califica el "Sobrino de Rameau" como una obra maestra de dialéctica. Lessing era considerado por Marx como un revolucionario íntegro, que luchaba por las ideas progresivas en la literatura la estética y la filosofía alemanas, profundamente respetado por su fidelidad plebeya e inflexible, por su posición contra la "noble pedantería", los filisteos, el feudalismo y la "lealtad" servil.

Ya en 1842, en su "Debate sobre la libertad de prensa", Marx dijo de Lessing: "Si un alemán quiere mirar bien hacia atrás en su historia, encontrará la causa principal de su lento desarrollo político y también del estado miserable de la literatura anterior a Lessing en los escritores competentes. Las cartas privilegiadas, los doctores, los pálidos escritores universitarios de los siglos XVII y XVIII, con sus pelucas, su noble pedantería y sus disertaciones micro-lógicas se habían interpuesto entre el pueblo y su espíritu, entre la ciencia y la vida, entre la libertad y el hombre. Los escritores incompetentes han creado vuestra literatura. Gottsched y Lessing: "escoged quién era el autor competente y quién no lo era..." Algunos años más tarde, Marx, en su correspondencia con Nikolai, colocaba en el mismo plano al escritor ruso Bobrelubov y a Lessing.

Marx tenía una alta estima por Goethe al que citaba a menudo junto a Shakespeare. En cuanto a Schiller, Marx y Engels tomaron una actitud muy crítica especialmente por las obras de la época de su elevación de la miseria a la opulencia y por su idealismo objetivo. Estimaban, no obstante, sus creaciones como provenientes de una época atormentada. "El principal mérito de "Cábalas y Amor" reside en el hecho de que es el primer drama alemán con tendencia política", dijo Engels. Marx estimaba en Goethe su universalismo, su realismo y, como en Shakespeare, su concepción clara del papel social del dinero, la facultad por la cual había sabido discernir "las verdaderas relaciones recíprocas" del período de nacimiento de la sociedad capitalista. En su manuscrito de 1844 sobre la economía, Marx coloca junto a las citas de "Timón de Atenas" —de las que hemos hablado antes— un pasaje del "Fausto" en el que Mefistófeles dice: "Vamos, pues, tus manos, tus pies, tu cabeza y tu espalda te pertenecen, sin duda; pero, ¿esto de lo que gozas por primera vez, te pertenece menos? Si tú posees seis caballos ¿sus fuerzas no son las tuyas? Tú los montas y hete aquí, hombre ordinario, como si tuvieras veinticuatro piernas".

Marx anota en este lugar: "Shakespeare describe excelente-

mente la potencia del dinero. Para comprenderlo, debemos comenzar por interpretar la cita de Goethe. Lo que existe para mí gracias al dinero, porque yo puedo pagar, es decir, esto que el dinero puede comprar, esto, soy yo mismo, el detentador del dinero. Mi poder, exactamente está tan extendido como el poder del dinero. En consecuencia, lo que soy y puedo hacer no está determinado de ninguna manera por mi individualidad. —Soy feo, pero puedo comprarme la mujer más encantadora. Así, no soy más feo puesto que la acción de la fealdad, su fuerza de repulsión, ha sido suprimida por el dinero—. En cuanto a mí, yo cojeo, pero el dinero me permite adquirir veinticuatro piernas; luego no cojeo más. —Soy un miserable, un hombre deshonesto y vulgar, pero el dinero impone el honor. En consecuencia, yo, su detentador, soy bueno, y lo que es más aún, la fortuna me dispensa del esfuerzo de ser deshonesto; luego, está admitido que soy honesto. —Soy vulgar, pero el dinero es el verdadero aspecto de todas las cosas, ¿cómo aquel que lo posee podría ser vulgar?, etcétera, etc.”.

Según Lafargue, Marx conocía a Goethe de memoria y lo citaba a menudo durante sus conversaciones. Guillermo Liebknecht cuenta que mientras paseaba por Londres, en 1850, “cuando estaba de muy buen humor, Marx imitaba a Seidelmann en el papel de Mefistófeles. Tenía gran admiración por este actor, al que había visto en Berlín cuando era estudiante. Su obra poética favorita de la literatura alemana era “Fausto”. No quiero decir que Marx recitaba bien, era demasiado enfático; no obstante, hacía resaltar siempre claramente el sentido de la frase”.

Aun cuando Marx acentuaba en Goethe su realismo —su sutil concepción de las realidades, es decir, todo lo que había de progresivo en sus obras, no por eso disimulaba su lado retrógrado y burgués. Engels hizo una exposición sobre esta dualidad de Goethe en un ensayo espléndido (1847) a propósito de K. Gruen. Sin ninguna duda, el punto de vista de Engels era el mismo que el de Marx, pues éste con seguridad revisó ese ensayo.

¿Qué era entonces lo que Marx estimaba particularmente en la literatura de la burguesía revolucionaria naciente de fines del siglo XVIII? ¿Qué podía fascinarle en las obras de Fielding, Diderot, etc., aparte, naturalmente, de los méritos generales de sus creaciones como revolucionarias y realistas? Aquí tocamos el complejo de ideas y problemas que preocupaban a Marx y Engels en “La Santa Familia” y en el análisis de “Los misterios de París” de Eugenio Sué.

Fielding, Diderot y Lessing habían opuesto a las máscaras hipócritas de nobleza y honestidad de la poesía de corte, a la interpretación abstracta del bien y del mal, a la encarnación esquemática de los principios, los tipos realistas de neblivos de pura sangre, la pintura clara de los individuos. Un brillante ejemplo de este género es el “Sobriño de Rameau” de Diderot, que Marx estimaba en especial. Obra en la cual el autor examina con asombrosa perspicacia la estructura de la sociedad burguesa, los caracteres relativos del bien y del mal, y concibe su propia posición en esta sociedad. ¡Con qué cándido ardor describe Rameau la nobleza de este mundo de corredores de comercio, de

financistas, comerciantes, banqueros, etc., y con qué desprecio describe la sed de dinero de esta nobleza! Es muy interesante, por ejemplo, su opinión sobre el patriotismo: “Simple vanidad” —dice—. “No hay patria. Desde un polo hasta el otro no hay más que esclavos y tiranos”. He aquí cómo Diderot caracteriza al héroe de su novela: “Rameau no es solamente un parásito, es también vuestro hermano y el mío, es el producto de los mismos factores, es una figura formada en el mismo molde que nosotros, en el enorme crisol social”.

La lucha análoga llevada por Lessing en favor de la verdad y para denunciar las mentiras de la nobleza, fascinaba a Marx. Lessing escribía: “Lo que contraría a la verdad no puede ser grande”. Esto puede explicar, por ejemplo, la alta estima de Marx y de Lessing por el monumento literario del siglo XV: “La farsa de Maese Patelin” que, al decir de este último “merecía plenamente su éxito, por la asombrosa alegría y sinceridad cómica que se desprende de la acción misma y de la situación de los personajes, y porque no está basada sobre una simple fabricación del espíritu”.

Marx estimaba también en Lessing al militante anti-religioso.

Tanto como a Diderot y a Lessing, respetaba a Fielding, y a sus novelas “Historias y aventuras de José Andrews y de su amigo Abraham Adams” y “Tomás Jones” en las que el autor pinta con mucho arte y realismo la sociedad inglesa del capitalismo naciente.

Marx comparaba este realismo de la literatura inglesa del siglo XVII con la literatura moralizante de la clase media, de la que uno de sus prototipos, por ejemplo, fue Eugenio Sué. Los autores de este orden no expusieron la dualidad del proceso capitalista, no pusieron al desnudo sus motivos secretos: se limitaron a proponer soluciones morales a un cuadro decisivo de la hipocresía y del idealismo de Eugenio Sué en “La Santa Familia”.

Es necesario señalar otro aspecto de la literatura de la burguesía naciente que llamó la atención de Marx y Engels, esto es, la manera de tratar el personaje y la individualidad en la obra de arte. Diderot, Fielding, Lessing en su lucha contra el pseudo-clasicismo que pintaba al personaje como la encarnación de un principio, como una abstracción, insisten, conforme a sus principios generales de individualización, sobre las imágenes vivas, y corrigen las relaciones entre el individuo y la colectividad.

Lessing, en su “Dramaturgia de Hamburgo” escribe: “... El autor debería tener mucho más respeto por la exactitud de su personaje que por la exactitud de los hechos. Primero, porque si los personajes son observados evidentemente provenir de personas enteramente diferentes. Segundo, porque no son los hechos que nos informan, sino el conocimiento que tal o cual personaje, colocado en tal o cual circunstancia, reobra de tal o cual manera, y esto necesariamente”.

Este gusto por los “personajes” y la “individualización” proviene del movimiento de liberación de la burguesía, para quien

la libertad, en esa época, implicaba la libertad del individuo, la emancipación de los puntos de vista medievales, del feudalismo, de las tradiciones.

"Libertad individual" para la burguesía significaba también, emancipación de los obreros para el trabajo libre. La burguesía naciente tenía necesidad del desarrollo completo del individuo, luchaba contra el moribundo orden social, y afirmaba sinceramente que el individuo debía ser libre en la sociedad que ella creaba.

Estas tendencias hacia la creación de personajes plenamente individualizados fueron reveladas con una lucidez particular por Hegel en su "Estética". Habla duramente contra Corneille y Voltaire y contra la tragedia pseudo-clásica. Hegel considera a Homero, Sófocles, Shakespeare, Dante, Cervantes, Goethe, etc., como clásicos que han tratado correctamente al individuo. Criticando la idea de "masas abstractas", Hegel escribe: "De ahí, debemos comprender por personajes no lo que los italianos representan pintados con sus máscaras, por ejemplo. Si bien las máscaras italianas representan también personajes precisos, muestran esta precisión solamente en su abstracción y universalidad. Mientras que los personajes de nuestra categoría constituyen cada uno un personaje propio, integral, un sujeto individual". ("Estética", Saemt Werke, Bd. 2, 195).

Estos descos son resumidos finalmente por Hegel en su fórmula: "El hombre, y este hombre en particular".

Marx y Engels apreciaban altamente los esfuerzos de Hegel por individualizar los personajes. En su célebre carta a la señora Kautsky (26 de noviembre de 1885), Engels, en una definición de la individualización correcta de los personajes, se refiere en ella a la fórmula de Hegel: "Usted ha pintado los personajes de uno y otro medio con su claridad de individualización habitual. Cada uno constituye un tipo, conservando su individualidad determinada... este hombre, como decía el viejo Hegel. Es así como hay que hacerlo".

En realidad, siempre la libertad del individuo en la sociedad burguesa es un mito, pues las clases dominantes oponen la individualidad a las masas que ellas oprimen, sea por la esclavitud (en la antigüedad), sea por el trabajo asalariado (bajo el capitalismo). La libertad real del individuo y el desarrollo completo de todas las aptitudes, no son posibles más que en una sociedad comunista. En gran número de sus obras y, especialmente, en "La ideología alemana", Marx insiste sobre esta diferencia entre la posición del individuo en la sociedad burguesa y en la comunista.

ROMANTICISMO Y ROMANTICOS DEL SIGLO XIX

Como se sabe, Marx estudió a fondo los autores románticos mientras era estudiante en Bonn y durante sus primeros años en la Universidad de Berlín, leyendo con aplicación sus obras en todos los dominios: economía, historia, derecho, literatura y arte. Sus ensayos poéticos de juventud, anteriores a 1837, es decir, anteriores a Hegel, pertenecen directamente a la escuela ro-

mántica. Al mismo tiempo, nadie fué más adversario de los románticos que Marx. Cuando en 1890, hubo en Alemania teóricos que quisieron asociar el marxismo con A. Müeller y el materialismo de la escuela romántica, Engels, en una carta a Mehring del 28 de septiembre de 1892, colocó a este "materialismo" en su lugar: "Marx muestra un apreciable desprecio por estos comerciantes de los discursos ampulosos, estos vulgares discípulos de los románticos franceses José de Maistre y Bonald".

El romanticismo conservador de la primera mitad del siglo XIX fué juzgado por Marx como la reacción de la nobleza, en su declinación, contra los principios de la gran revolución francesa; como la ideología de la restauración en oposición al punto de vista burgués revolucionario del siglo XVIII.

El 25 de marzo de 1865, Marx escribe a Engels: "La primera reacción contra la revolución francesa y la inspiración que ella engendró fueron normales; se rodeó todo con tintes medievales o se pintó todo con trazos románticos. Los mismos hermanos Grimm siguieron este movimiento".

Desde 1842, en su "Debate sobre la libertad de prensa", Marx había hecho un análisis muy incisivo de los orígenes sociales y económicos del romanticismo aristocrático. Considerando en él a la "cultura romántica" como un renacimiento de la cultura bizantina, caracteriza justamente la dualidad del principio caballeresco-cristiano y el romántico.

"Escuchando al campeón de la caballería que, con una seriedad casi cómica, con una dignidad casi melancólica, y con un pathos casi religioso, desarrolla el principio de la alta sabiduría de las masas, de su libertad y de su independencia medievales, el profano advierte con estupor que, desde que se trata de la libertad de prensa, el mismo campeón desciende de las alturas de la sabiduría del Landtag a la locura ordinaria de la raza humana; de preconizar la independencia y la libertad en lo que se refiere a las clases privilegiadas, pasa al principio de la no-libertad y de la no-independencia de la naturaleza humana.

En nuestros días no somos los menos sorprendidos por este tipo frecuente de representante del principio caballeresco-cristiano, feudal-moderno, en una palabra, romántico.

Estos señores quieren ver en la libertad, no el don natural de la clara luz universal de la sabiduría, sino el resultado sobrenatural de alguna constelación particularmente favorable. No considerando a la libertad más que como la propiedad individual de personas particulares y de clases, son llevados lógicamente a relegar la sabiduría y la libertad individuales a la categoría de ideas transitorias, mientras erigen sus propias fantasías en sistemas lógicamente contruidos. Ansiosos por salvaguardar los intereses privados de la libertad, propia de los individuos privilegiados, condenan la libertad universal de la naturaleza humana".

Tal es la naturaleza de la dualidad del romanticismo aristocrático, dualidad que es una consecuencia de la contradicción entre las aspiraciones de los románticos, sus ilusiones, su humanismo exterior por una parte, y por otra, su subordinación real al curso histórico de la evolución social del capitalismo. Este es el punto de vista que sostuvo Marx durante toda su vida.

Esta característica general del romanticismo conservador de comienzos del siglo XIX, sobre la que Marx vuelve en gran número de obras posteriores ("Crítica de la filosofía del derecho de Hegel", "Manifiesto del Partido Comunista", "El Capital", etc.), la aplica al representante típico del siglo XVIII: Chateaubriand.

Marx observa en la creación, el punto de vista y el estilo de este autor la misma dualidad y contradicción anotadas antes. El 26 de octubre de 1854 escribe a Engels a propósito de Chateaubriand: "...este autor meloso que combina de la manera más repugnante el escepticismo y volterianismo aristocráticos del siglo XVIII con el sentimentalismo y romanticismo aristocráticos del siglo XIX. Es evidente que tal combinación de estilos debía hacer furor en Francia, por lo menos en lo que concierne a la forma; a despecho de las artificialidades artísticas la mentira se manifiesta siempre. En cuanto al punto de vista político, este señor se ha explicado plenamente en sus obras". (Marx-Engels. "Obras". Vol. I, pág. 126. Edición rusa).

En seguida, continuando su exposición sobre el papel contra-revolucionario y de doble faz de Chateaubriand como político, Marx da las características finales de sus obras en una carta a Engels del 3 de noviembre de 1873: "Tengo el libro de Sainte Beuve sobre Chateaubriand, un autor que siempre me ha sido odioso. Si este hombre ha llegado a ser famoso en Francia es porque representa en todos sus aspectos la personificación más clásica de la vanidad francesa, una vanidad concebida no sólo en el sentido frívolo del siglo XVIII, sino enmascarada de romanticismo, que se glorifica en una fraseología a la nueva moda. Es una falsa profundidad, una exageración bizantina, un coquetismo con los sentimientos, versatilidad, descripciones teatrales, pedantes, en una palabra, un farrago de mentiras, como nunca ha existido antes, en la forma y en el contenido".

Sin embargo, aun cuando critica sin piedad al romanticismo aristocrático conservador en su conjunto y sus ramificaciones de la literatura, Marx reconocía los méritos de obras particulares de un gran número de autores —de diferentes aspectos en su creación— que pertenecían o se adherían a esta corriente, y que se contaban entre los románticos, en el sentido tradicional de la palabra. Así, por ejemplo, es sabido que apreciaba mucho algunas novelas históricas de Walter Scott, dedicadas a los levantamientos revolucionarios de los siglos XVII y XVIII. Lafargue dice en sus memorias que aparte de los autores del siglo XIX, como Balzac, Marx apreciaba por diversos motivos a Pablo de Kock, Carlos Lever, Alejandro Dumas padre y Walter Scott. De este último consideraba a su libro "Old Mortality" como un modelo literario. Mostraba un gusto particular por las historias ricas de aventuras y de elementos humorísticos. Lafargue escribe también que entre los poetas favoritos de Marx se puede citar a Roberto Burns, y que tenía un placer enorme en leer en alta voz a sus hijas las sátiras de este poeta escocés y de cantar los romances sacados de sus "Cantos de amor".

Marx y Engels no se pronunciaron solamente sobre el romanticismo aristocrático, sino también sobre el romanticismo pequeño-burgués, especialmente sobre los ensayos de Carlyle y de

Daumer en 1850. Anotaron en esta corriente el doble carácter de su actitud ante el capitalismo: esta dualidad difiere, sin embargo, de aquella que existe entre el caballeresco-cristiano y el feudal-moderno. Así Engels muestra, mientras critica a Carlyle, que se debe darle crédito, por haber escrito sus ensayos en una época en que sus vistas, sus gustos, sus ideas, llenaban las historias oficiales de la literatura inglesa, mientras que sus discursos tenían a veces carácter revolucionario. Esto se aplica a su "Historia de la revolución francesa", a su "Apología de Cromwell", a su panfleto sobre el "cartismo", a su "Pasado y Presente". Después Engels hizo resaltar el aspecto reaccionario de la obra de Carlyle que reside en el hecho de que "la crítica del presente está íntimamente ligada a una asombrosa apoteosis no histórica de la Edad Media, que se encuentra también frecuentemente entre los revolucionarios ingleses, como Cobbet, por ejemplo, y los cartistas. Aun cuando él admira en el pasado las épocas clásicas y algunas fases precisas de la evolución social, el presente le desespera y el futuro le asusta".

Naturalmente, sería un error juzgar a todos los románticos pequeño-burgueses del siglo XIX como a Carlyle, y claro está, la actitud de Marx también fué diferente de la que tomó con respecto a Chateaubriand. Así se sabe que tenía mucha estima por algunas obras de Hoffman (le gustaba también Chamisso y Rueckert).

Tanto por parte de Marx y de su familia, como por la de Engels, había un verdadero amor por el romántico revolucionario, por el poeta Shelley. "El culto de Shelley en casa de los Marx no era inferior al de Shakespeare" (según Eleanor Marx, confirmado por Engels). Marx definió así la diferencia entre Byron y Shelley: "La verdadera diferencia entre Byron y Shelley reside en esto: aquellos que los comprenden y los aman piensan que fué una suerte que Byron hubiera muerto a los 36 años, porque si hubiera vivido, habría llegado a ser un burgués reaccionario. Por otra parte, deploran que Shelley haya muerto a los 29 años, porque era revolucionario de la cabeza a los pies y siempre hubiera estado a la vanguardia del socialismo".

REALISMO Y REALISTAS DEL SIGLO XIX

Marx y Engels en todas sus conversaciones sobre literatura y arte, reclamaron con urgencia descripciones verdaderas de las realidades y de sus relaciones, estudios profundos del medio ambiente para poner de relieve las tendencias fundamentales del desarrollo de la sociedad. ¿Cómo comprendían ellos el realismo en el arte? Aprendamos la fórmula de Engels, sacada de su famosa carta sobre Balzac: "El realismo tal como yo lo comprendo, implica al lado de la verdad de los detalles, la pintura verdadera de los personajes tipos, en circunstancias típicas, es decir, en las circunstancias que los envuelven y los obligan a obrar".

Marx no solamente estaba al corriente de la literatura francesa realista de esa época, sino que conocía también la literatura americana, inglesa, italiana, alemana y aún la rusa.

Anotemos en primer lugar su artículo en la "New York Tribune" del 10 de agosto de 1854 sobre "Las clases medias inglesas". Caracterizando la creciente declinación del interés intelectual de la clase media inglesa, se refiere en él al retrato de esta clase trazado por los escritores ingleses de dicha escuela realista: "La brillante escuela contemporánea de novelistas ingleses, escribe — en los que el objetivo y las elocuentes descripciones han revelado al mundo más verdad política y social que todos los políticos, publicistas, moralistas juntos — ha pintado todas las capas de la clase media desde los honestos rentistas poseedores de los valores del Estado, que desdeshan los negocios, hasta el pequeño comerciante y el empleado de oficina.

¿Y cómo los pintan Dickens, Thackeray, Carlotta Bronte y la señora Haskell? — Vanidosos, llenos de respetabilidad, de tiranía mezquina y de ignorancia. El mundo civilizado ha confirmado sus veredictos por el epigrama con que ha marcado a esta clase: "aduladores con los superiores, tiránicos con sus inferiores".

Este retrato verídico de las relaciones reales, la divulgación corriente de las contradicciones inherentes a la sociedad capitalista, es lo que Marx apreciaba altamente en las obras de estos autores.

Tomó una actitud muy diferente frente a la literatura burguesa mediocre y llena de compromisos de la segunda mitad del siglo XIX que, colocándose en el positivismo y en el naturalismo, se distinguía en realidad por su empirismo servil, disimuló las contradicciones de la sociedad burguesa, la alabó, y después del aplastamiento de la revolución de 1848, se puso a solicitar la reconciliación con la reacción.

"La sociedad burguesa ponderada y práctica ha encontrado sus intérpretes y representantes verdaderos en hombres del tipo de Say, Cousin, Royer Collard, Benjamin Constant y Guizot. Sus verdaderos mariscales estaban en los escritorios de comercio, su jefe político era el estúpido Luis XVIII. Hundida hasta el cuello en la acumulación del capital y en la concurrencia pacífica, la burguesía olvidó que los espectros de la Roma antigua habían velado sobre su cuna" ("18 Brumario").

El espíritu "burgués ponderado" del desarrollo de la sociedad capitalista, la creciente división del trabajo, etc., ejercieron un efecto negativo sobre la creación intelectual, especialmente sobre la poesía y el arte — hace notar Marx en su "Teoría sobre la plus-valía". La diferenciación del Tercer Estado continuó, y en lugar de su lucha anterior por los intereses comunes burgueses y humanos contra la sociedad feudal, su lucha se limitó cada vez más a los intereses pequeño-burgueses de las bajas capas de la clase media.

Cuando se desarrolló la conciencia de clase del proletariado, la burguesía misma — sobre todo en los países en que la revolución burguesa quedó a mitad de camino — se encontró entre la espada y la pared, es decir, entre la aristocracia y el proletariado.

Marx continuó estudiando la literatura de estos grupos burgueses que abandonaron la lucha: literatura falsa, mediocre, y que buscó la popularidad entre la clase media y los filisteos.

Pintando la condición de la clase media inglesa en 1850 y la actitud que ella tomó cuando los obreros se pusieron en huelga, caracterizó Marx el nivel moral de esta clase en el artículo de la "New York Tribune": "La clase media no siente el deseo de estudiar la vieja escuela, y es porque no se sitúa dentro de la ciencia y del arte contemporáneos.

El libro de cuentas, la oficina, es para ella una educación suficiente. Si hace gastos de educación para sus hijos, es para darles virtudes de sociedad, pero nadie se cuida de la verdadera educación del espíritu ni de la adquisición de conocimientos". ("La clase media inglesa" en "New York Tribune", agosto de 1854).

Marx señala con insistencia esta decadencia de la literatura y cultura burguesas, y haciendo un paralelo con el dominio de la economía política, las compara con la decadencia que se opera en ella desde Ricardo y Smith hasta Bentham. Encuentra el ejemplo más clásico de esta decadencia en Martin Tepper (1810-1889) al que alude en su "Confesión" bajo el título de "Nuestras antipatías". Este autor, tanto tiempo olvidado, gozó de enorme popularidad en Inglaterra en los años 1850 y 1860, y sus obras se vendieron por millones de ejemplares. Sin embargo, estaba positivamente desprovisto de todo talento literario y el secreto de su éxito estaba en que se inclinaba ante "la opinión pública" de la clase media. Marx dice de él en "El Capital" que ocupa el mismo lugar en literatura que Bentham en filosofía, y asegura que este género de poeta no pudo existir más que en Inglaterra. ("El Capital". Tomo I. Berlín, 1923, p. 525, 546).

Marx criticaba con tanta mordacidad la literatura alemana burguesa de la segunda mitad del siglo XIX como la lacrimosa poesía filisteica y las obras de los realistas alemanes del tipo de Freytag de Spielhagen, sin hablar de la literatura reaccionaria de alrededor de 1850 y de la poesía patriótica de 1870-71. (Por ejemplo, el poeta alemán más popular de los años de la reacción: Bodenstedt y el esteta hegeliano de la misma época: Fischer). Mencionemos igualmente la crítica severa al "Músico imperial de Bismarck": Ricardo Wagner. En una carta al profesor Freund del 21 de enero de 1877 dice Marx con respecto a la guerra rusoturca: "La cuestión del Este (que se terminará por la revolución rusa cualquiera que sea el resultado de la guerra con Turquía) y la revista de las fuerzas de combate de la social-democracia, deberían bastar para convencer al filisteo alemán cultivado que hay cosas más importantes en el mundo que Ricardo Wagner y su música del porvenir". ("Vorwaerts", Berlín, 16 de junio).

A este filisteo cultivado, reaccionario y limitado, a este representante de la Alemania intelectual (ver "Luis Feuerbach") que según las palabras de Engels se había alejado de los grandes intereses teóricos después de la revolución de 1848 y se había erigido un nuevo templo en la Bolsa, Marx lo despreciaba. Los intereses teóricos habían cedido su lugar a un "eclecticismo estúpido, a la rebuza de posiciones lucrativas y a las formas más viles del servilismo. Los representantes ideales de esta ciencia llegaron a ser los ideólogos patentados de la burguesía y del orden existente, en el momento en que éstos entraron en lucha

abierta contra la clase obrera". Todas estas anotaciones acerbas no significan, sin embargo, que Marx y Engels no hayan visto lo que había de positivo en la crítica de los realistas y naturalistas pequeño-burgueses de fines del siglo XIX. Pero esto no modifica su juicio general sobre la literatura burguesa de esa época.

Hemos citado las anotaciones más importantes de Marx sobre la literatura mundial, hemos visto que son numerosas y no tienen nada de accidental: es tiempo de poner fin a la leyenda según la cual los fundadores del socialismo científico no se pronunciaron sobre los problemas de literatura y de arte. Si le agregamos las anotaciones teóricas y concretas de Engels, tendremos no solamente la base de una estética marxista, y los postulados filosóficos, históricos, económicos, necesarios para un juicio marxista de la evolución literaria, sino también un plan de esta evolución desde la antigüedad hasta fines del siglo XIX. Ellas contienen, además, sugerencias precisas y constantes en cuanto a la utilización de un autor dado o de una obra para la lucha de clases y para la creación de una literatura proletaria adecuada.

Todas estas anotaciones de Marx se refieren a la sociedad dividida en clases, en la cual los literatos y los artistas constituyen una casta aparte que no está directamente ligada con el proceso de la producción.

En cuanto al arte de la sociedad comunista, Marx y Engels escriben en "La ideología alemana": "La concentración exclusiva del talento artístico en un individuo y su supresión en la masa, que de ello se desprende, es la consecuencia de la subdivisión del trabajo. Si, dadas ciertas relaciones sociales, cada individuo fuera un excelente pintor, esto no excluiría de ninguna manera la posibilidad para cada uno de ser también un pintor original; de suerte que aquí la diferencia entre el trabajo "humano" e "individual" se resuelve por sí misma en pura absurdidad. Es cierto que con la organización comunista de la sociedad, la limitación local y nacional del artista desaparecerá, limitación debida a la subdivisión del trabajo, lo mismo que el confinamiento del artista en cualquier arte que sea, y que hace de él exclusivamente un pintor, un escultor, etc. El nombre mismo de su actividad es una expresión muy clara de los límites de su desarrollo profesional y de su dependencia de la división del trabajo. En la sociedad comunista no existen más pintores, pero hay gente, que entre otras cosas, pinta". (Marx-Engels, Archivos, vol. IV, págs. 262).

El triunfo de la revolución proletaria tuvo lugar después de la muerte de Marx. En este nuevo estadio, los principios marxistas sobre literatura fueron ampliados y desarrollados por Lenin. Sin embargo, el legado de Marx en este dominio, a la luz del leninismo, no solamente no ha disminuido, sino que se eleva a un nivel superior; adquiere una importancia especial, hoy que la literatura soviética y la literatura revolucionaria internacional abordan gran número de nuevos problemas, para la solución de los cuales, la teoría artística y la práctica literaria de Marx nos proporcionan numerosas sugerencias e indicaciones concretas.

Traducción de R. G. A.
Notas de A. P.

Engels y la ciencia

por J. D. Bernal

Si Engels no hubiese sido el constante compañero de armas de Marx en las luchas revolucionarias del siglo XIX, no hay duda de que sería recordado especialmente como uno de los filósofos científicos más avanzados del siglo. El descuido completo que sufrió por parte de los hombres de ciencia de la época victoriana (1) fue como un tributo irónico pagado a la exactitud de su visión en lo que se refiere a las relaciones entre la política y la ideología. Pero el tiempo se ha encargado de vengarlos y sus opiniones sobre la ciencia del siglo XIX nos parecen ahora, en el siglo XX, más frescas y más amplias que las de los filósofos profesionales de la ciencia de su época, que en su mayoría han sido olvidados, mientras que los pocos que aún sobreviven, como Lange y Herbert Spencer, son solo citados como ejemplos de la limitación de su tiempo. Claro que sería erróneo considerar la fama científica de Engels independientemente de su relación con Marx. Fué por influencia de Marx y por los métodos del materialismo dialéctico, que ambos tomaron del idealismo dialéctico de Hegel, como Engels adquirió la capacidad de criticar e interpretar la ciencia en una forma que no fué accesible a sus predecesores.

ENGELS, HOMBRE DE CIENCIA

Muchos de esos antimarxistas que no se toman el trabajo de leer las obras originales, dicen que el conocimiento científico de Marx y Engels era superficial; que Engels, por ejemplo, buscó en años posteriores una justificación científica a las leyes dialécticas que Marx introdujo en las ciencias económicas. Esto prueba un conocimiento erróneo de los hechos. El interés de Engels por la ciencia era profundo, interés que despertó en él desde muy temprana edad y lo acompañó en todos sus estudios filosóficos y políticos. En un ensayo que data de 1843 (citado en la "Correspondencia selecta Marx-Engels", pág. 33) hay ya atisbos sobre la profunda relación que existe entre la ciencia y la productividad, que se ha de encontrar, luego, en sus trabajos futuros: "... hay sin embargo un tercer factor — que nada tiene que ver con los economistas, es cierto — especialmente la ciencia, cuyo avance es tan infinito y por lo menos tan rápido como el de la población. ¿Cuánto debe a la química sola, el progreso de la agricultura en este siglo y a solo dos hombres — Sir Humphrey Davy y Justus Liebig? Pero la ciencia se multiplica, por lo menos, tanto como la población; la población aumenta en relación al número de la última generación; la

(1) Victoria Primera, reina de Inglaterra, fué coronada en 1837 y murió en 1901.

ciencia avanza en relación al aumento total del conocimiento legado por la última generación y por eso, bajo las condiciones más ordinarias, también en progresión geométrica—; y ¿qué es imposible para la ciencia?*

Hasta los últimos días de su vida, Engels no sólo utilizó los conocimientos adquiridos en la Universidad sino que mantuvo siempre con extraordinaria fineza y capacidad su interés por los descubrimientos científicos de su época. Lejos de estar imbuido por prejuicios y teorías preconcebidas, era mucho más amplio en la aceptación de ideas nuevas que los hombres de ciencia profesionales. En una carta dirigida a Marx, en 1858, se muestra preparado para aceptar de antemano el concepto de la transformación de las especies que Darwin iba a publicar al año siguiente (Marx-Engels, "Correspondencia", pág. 112). En uno de los pasajes, Engels casi eboza la idea de la evolución derivada de la idea hegeliana de la transformación de la cantidad en cualidad: "La fisiología comparada inspira un desprecio profundo por la exaltación idealista del hombre por sobre los demás animales. A cada paso uno se estrella contra la más completa uniformidad estructural con el resto de los mamíferos y, en sus rasgos más importantes, esta uniformidad se extiende a todos los vertebrados y hasta — menos claramente — a los insectos, crustáceos, gusanos, etc. La cuestión hegeliana del salto cualitativo en las series cuantitativas, es también muy buena aquí".

Unos meses después, cuando apareció "El origen de las especies" de Darwin, Marx y Engels lo admiraron como a la obra que señala el fin de la teología en las ciencias naturales. El 12 de Diciembre de 1859, exactamente cuatro semanas después de publicarse la primera edición, Engels escribía a Marx: "Darwin, a quien estoy leyendo, es espléndido" y Marx le respondió: "aunque su teoría está escrita en el crudo estilo inglés, este es el libro que contiene las bases, en historia natural, para nuestro punto de vista" (1). Si oponemos esta actitud a la del físico y filósofo oficial de la ciencia Whewell, que no sólo se burló de Hegel sino que insistió para que el libro de Darwin no fuera aceptado por la biblioteca del Trinity College, podremos apreciar la mayor amplitud y penetración que han dado a Marx y Engels, sus miras filosóficas. Idéntica posición adoptaron con todas las ideas importantes que la ciencia desarrollaba. Los grandes adelantos de la física y la química, especialmente la conservación de la energía y el desarrollo de la química orgánica, fueron aceptados y estudiados detenidamente por Marx y Engels. No se puede decir que Engels, en su relación con la ciencia, haya sido un "amateur". En Manchester, donde pasó la mayor parte de su vida, la actividad científica era grande. Engels tomaba parte libremente, y fué su amigo íntimo Karl Scharrermer, primer miembro comunista de la Royal Society, y uno de los químicos más distinguidos de su época.

La amplitud del conocimiento científico de Engels puede

apreciarse plenamente a través de un estudio de su gran obra inconclusa, "Dialéctica de la Naturaleza", en la cual trata extensamente y con espíritu crítico, distintas ciencias. Es fácil ver, por las autoridades citadas, el conocimiento vasto que tenía de los adelantos en las matemáticas, física y ciencias biológicas contemporáneas, aparte de la Sociología y ciencias económicas. Hasta ha incluido un capítulo breve y entretenido sobre la psicología.

ENGELS EN LA HISTORIA DE LA CIENCIA

Desde el comienzo, Engels poseía la capacidad de unificar sus concepciones sobre la ciencia en forma tal que podía asimilar naturalmente las nuevas adquisiciones a medida que iban apareciendo, y no con los violentos excesos de filósofos científicos como Haecel o Herbert Spencer, sino en una forma completamente equilibrada. El secreto de esta capacidad se encuentra en el materialismo dialéctico que él utilizaba al analizar los resultados de las ciencias. Fué Hegel quien le enseñó a apreciar, no las "cosas", sino los "procesos". Por eso veía siempre la posición alcanzada por la ciencia en cualquier momento, en relación a su base histórica. Esto se vé claramente en su ensayo sobre Feuerbach, donde traza la historia de la filosofía materialista en relación al desarrollo de la ciencia y de los métodos de producción. Dice, por ejemplo: "Pero durante este largo período desde Descartes a Hegel y de Hobbes a Feuerbach, los filósofos no se veían impelidos de ninguna manera, como ellos creían, por la fuerza de la razón pura solamente. Todo lo contrario. Lo que realmente los llevaba adelante era el grande y rápido progreso de las ciencias naturales y la industria. Esto era claro para los materialistas, pero los sistemas idealistas se llenaban también cada vez más de contenido materialista, y trataban de conciliar en forma panteísta, la antítesis entre espíritu y materia. Así, el sistema hegeliano representa simplemente un materialismo puesto al revés en forma idealista, en método y contenido... En el materialismo de este último siglo predominaba el mecanicismo, porque en dicha época, de todas las ciencias naturales, la mecánica y sólo la mecánica de los cuerpos sólidos — celestes y terrestres — en fin, la mecánica de la gravedad, llegó a una conclusión definitiva. En esa época, la química existía en forma infantil, flogística. La biología estaba aún en pañales; los organismos vegetales y animales habían sido toscamente examinados y eran explicados como el resultado de causas puramente mecánicas. Lo que el animal era para Descartes, así era el hombre, una máquina, para los materialistas del siglo XVIII. Esta aplicación exclusiva de la mecánica a los procesos de la naturaleza química y orgánica — en los cuales también es cierto que las leyes mecánicas son válidas pero empujadas a un segundo plano por otras leyes más elevadas — constituye una limitación específica pero inevitable en esa época del materialismo clásico francés. La segunda limitación específica de ese materialismo está en su incapacidad de concebir el universo como proceso,

(1) Citado por V. L. Komarev en *Marxism and Modern Thought*, pág. 193. Véase también "Correspondencia de Marx-Engels", carta 49.

como materia desarrollándose en un proceso histórico. Esto estaba de acuerdo con el nivel alcanzado por las ciencias naturales de esa época y con la manera metafísica, es decir, anti-dialéctica de filosofar. Se sabía que la naturaleza estaba en continuo movimiento, pero de acuerdo al concepto de entonces este movimiento era eternamente circular y por lo tanto no salía nunca del mismo lugar; producía los mismos resultados".

Engels se ha distinguido especialmente como historiador de la ciencia. Fué con Marx, el primero en comprender la estrecha relación que hay entre el desarrollo de la teoría científica y los métodos de producción. Mucho de lo que ahora es considerado como nuevo en la interpretación de la ciencia histórica se encuentra en las páginas de "Dialéctica de la Naturaleza" (1). Señala, por ejemplo, que la teoría del calor no surgió como un mero producto del pensar sino del estudio del trabajo de máquinas a vapor, y concluye que: "hasta ahora solo nos hemos jactado de lo que la producción debe a la ciencia, pero la ciencia misma debe infinitamente más a la producción" (2). Engels señala particularmente cómo la actitud metafísica y estática de los materialistas del siglo XVIII basada en Newton fué dejada de lado en favor de un punto de vista que refleja, aunque en forma inconsciente, un progreso dialéctico: "Los comienzos de la ciencia revolucionaria chocaron contra una concepción de la naturaleza completamente conservadora, en la que todo está, hoy, como al principio del mundo, y será igual hasta el fin como fué al comienzo" (3). Engels indica que lo que ha quebrantado esta concepción fué, primero, la hipótesis de la nebulosa de Laplace y Kant; segundo, el desarrollo de la geología y la paleontología; tercero, la química que puede sintetizar sustancias organizadas y cuyas leyes se aplican a los procesos de la vida; cuarto, el descubrimiento de la conservación de la energía; quinto, la teoría de la evolución de Darwin y sexto, la síntesis de todos los procesos de la vida, ecología animal y distribución. El significado de este cambio es descrito así: "No fueron los hombres de ciencia sino los filósofos quienes introdujeron el primer cambio en esta posición fosilizada. En 1755, apareció la obra de Kant, "Historia natural y general y Teoría del Cielo". El problema del primer impulso, es aquí dejado de lado. La tierra y el sistema solar completo aparecieron como algo que llegó a ser en el curso del tiempo. Si antes de la aparición de este concepto, la unánime mayoría de los hombres de ciencia no hubiesen sentido el temor expresado por Newton en su advertencia — "Físicos, ¡cuidáos de la Metafísica!" (4) — hubiesen sacado de ese

solo descubrimiento genial de Kant, tales consecuencias que se hubiesen ahorrado infinitos errores y una inmensa cantidad de tiempo y trabajo perdidos en una falsa dirección. En el descubrimiento de Kant está el germen de todo progreso futuro. Si la tierra era algo que ha llegado a ser, su actual estado geológico, geográfico y climático también ha llegado a ser, lo mismo su flora y fauna y debe tener una historia no sólo en el espacio sino también en el tiempo" (citado por V. L. Komarov en "Marxism and Modern Thought", pág. 205. Véase también A. M. E., Vol. 2, pág. 244).

Como resultado de estos movimientos del pensamiento, Engels dice: "La vieja teología se ha ido al diablo, pero ahora tenemos el conocimiento de que la materia en su circulación perpetua se mueve de acuerdo a leyes que en ciertos estados — ya aquí, ya allí — producen necesariamente el pensamiento en la existencia orgánica" (A. M. E., vol. 2, pág. 175).

El concepto de Engels de la naturaleza fué siempre como la de un todo en proceso. Escapó a la especialización que ya en aquellos días hacia imposible que un físico entendiera de biología o vice-versa y dió un plan general de este proceso que todavía puede servir de base para apreciar los resultados de las investigaciones científicas. Nunca tuvo Engels la oportunidad de dar en un solo libro, su visión acerca de este proceso universal. El plan general puede verse en el "Anti-Dühring" o, tal vez, mejor en la forma abreviada de "Socialismo utópico y científico". Por doquier Engels lucha contra la manera metafísica de pensar, aplicada a la ciencia, con sus categorías fijas y sus distinciones cortantes entre causa y efecto, estructura y proceder, identidad y diferencia, el todo y la parte (1). Estas son solamente válidas en regiones pequeñas, definidas. El éxito del método científico es mejor visto en tales regiones: "Para uso diario, para la charla científica las categorías metafísicas tienen todavía valor" (2). Por el contrario, la aplicación de la dialéctica a la ciencia le dá extraordinaria precisión. Los movimientos vistos por primera vez por Hegel en el mundo ideal son, de acuerdo a Marx y Engels, simples reflejos de los del mundo objetivo. Engels dedicó muchos de sus estudios a ejemplificar los modos de Hegel, particularmente los de la transformación de la cantidad en calidad, la interpenetración de los opuestos y la negación de la negación en el mundo de la ciencia. En el "Anti-Dühring", Engels realiza esto en la forma más breve. Pero su obra "Dialéctica de la Naturaleza" contiene muchos más ejemplos.

(1) Archivos de Marx y Engels (edición alemana), vol. 2, págs. 173, 194 y siguientes.

(2) A. M. E., vol. 2, pág. 195.

(3) A. M. E., vol. 2, página 175.

(4) La palabra *metafísica* en la literatura marxista se presta a confusiones, cuando se la lee por primera vez. El uso comúnmente aceptado de esta palabra la destina a conceptos que no pueden ser probados por la experiencia, y generalmente, también a conceptos un tanto vagos y místicos. Este es el sentido en que es usado aquí y el sentido en que se dice, erróneamente, que el marxismo es meta-

físico. El uso marxista de la palabra es, sin embargo, más especializado. Tal como se puede ver por las citas en este ensayo, se usa solamente para una especie de conceptos y categorías que son abstractos, eternos y capaces de absoluta contradicción, tales como las categorías de la lógica aristotélica o la física anterior a la teoría de la relatividad. En oposición a éstas, aparecen las flúidas categorías dialécticas.

(1) A. M. E., vol. 2, págs. 150 y sig.

(2) A. M. E., vol. 2, pág. 189.

LA TRANSFORMACION DE LA CANTIDAD EN CUALIDAD

Los filósofos todavía cavilan acerca del uso de la frase "transformación de la cantidad en cualidad", en terrenos donde no es la cantidad la que cambia en cualidad porque la cantidad permanece hasta el final. Pero la frase es simplemente una forma abreviada de referirse a la ley de Hegel según la cual, los cambios puramente cuantitativos se transforman en cambios cualitativos. Fué en esta forma que Marx los interpretó, como se puede ver explícitamente en su carta a Engels (carta 97). Los ejemplos que da Engels, el caso del hielo que se transforma en agua, o el del agua en vapor y el del cambio de cualidad física de una sustancia química al modificar el número de átomos que contiene, debieran demostrar con suficiente claridad el significado de este concepto. Con profundo conocimiento, Engels dice: "Las llamadas "constantes" de la física son, en su mayor parte, nada más que designaciones de los puntos nodales donde la adición o la resta cuantitativa del movimiento produce un cambio cualitativo en el estado del cuerpo en cuestión". (A. M. E. Vol. 2, pág. 288).

Recien ahora comenzamos a apreciar la exactitud esencial de estas observaciones y el significado de tales puntos nodales. Toda la teoría de los "cuanta" depende, como la teoría de las vibraciones acústicas con la que tiene relaciones formales, de la distribución de los "nódulos" que señala dos estados de vibración cualitativa y cuantitativamente diferentes. El problema de las cualidades ha causado siempre a los filósofos las mayores dificultades y proporcionó, como lo proporcionó aún, una razón para invocar fuerzas extrañas. Desde cualquier punto de vista lógico-materialista, es necesario reconocer que una nueva cualidad de un sistema no es algo agregado en cualquier sentido al sistema, sino que es producido simplemente por un cambio continuo en sus componentes. Para aclarar este concepto, Engels cita a Napoleón, como su autoridad final: "Para concluir tomaremos otro testigo más, a Napoleón, a propósito de la transformación de la cantidad en cualidad. Este hace la siguiente referencia a las luchas de la caballería francesa, con malos jinetes pero disciplinados, y los mamelucos, los mejores jinetes de su época para el combate cuerpo a cuerpo, pero indisciplinados. Dos mamelucos eran indudablemente demasiado para tres franceses; 300 franceses podían generalmente vencer a 300 mamelucos y 1000 franceses invariablemente derrotaban a 1500 mamelucos" ("Anti-Dühring", pág. 146).

Engels encuentra muchos ejemplos de semejante transformación en la ciencia. De estos, solo puedo citar uno, el de la ley periódica de Mendeleeff, la que probó ser tan rica en demostraciones sobre la transformación de la cantidad en cualidad. "Finalmente, la ley de Hegel es válida no solo para cuerpos compuesto sino para los mismos elementos químicos. Sabemos ahora que las propiedades químicas de los elementos constituyen una función periódica de su peso atómico y por lo tanto su

cualidad está determinada por la cantidad de su peso atómico (o como diríamos ahora, de su número atómico), y la prueba de esto ha sido realizada en la forma más extraordinaria... Con la ayuda — desconocida — de la aplicación de la ley de Hegel sobre el cambio de la cantidad en cualidad, Mendeleeff ha hecho una conquista científica que puede muy bien estar a la altura del descubrimiento que, por medio del cálculo, ha hecho Leverrier de la órbita del planeta Neptuno, que él desconocía... Tal vez esos señores que hasta hoy han considerado la transformación de la cantidad en cualidad como un trascendentalismo y misticismo incomprensibles explicarán ahora que todo es perfectamente evidente, trivial y tonto, que ellos lo conocían desde hace mucho tiempo y que nada nuevo tenemos que enseñarles. El haber establecido por primera vez una ley general de la naturaleza y el pensamiento en su forma más general y válida será siempre una conquista histórica de primer orden y si estos caballeros han permitido durante tantos años la transformación de la cantidad en cualidad sin saber qué era lo que hacían, deberán consolarse pensando en el personaje de Molière, Monsieur Jourdain, que había hablado en prosa durante toda su vida sin saberlo". (Engels, "Dialéctica de la Naturaleza", pág. 289).

Interpretado en esta forma, el concepto de la transformación de la cantidad en cualidad puede ser, y es, de gran valor para el pensamiento científico. Cada vez avanzamos más en el conocimiento de que las propiedades específicas cualitativas de los cuerpos, dependen del "número" de ciertos componentes internos. Si un átomo puede unirse solo con un átomo, se obtiene un gas. Si se puede unir con dos o tres, dará un sólido de carácter fibroso. Si se une a cuatro se obtiene un sólido con dureza de cristal como el diamante. Si se une a más de cuatro se obtiene un metal. Igualmente los procesos de la ebullición, congelación, vitrificación, etc., dependen de lo que ahora se conoce con el nombre de fenómenos "cooperativos". Se necesitan más de un millón de moléculas para formar una sustancia que sea considerada como sólida o líquida; un número inferior, para el estado coloidal, diferente cualitativamente.

LA INTERPENETRACION DE LOS OPUESTOS

Engels no ha dado al concepto de la interpenetración de los opuestos el mismo tratamiento coherente que dió a otros. Sin embargo, se lo encuentra en todos sus escritos científicos. Aparece bajo dos aspectos, primero, bajo la forma de la idea hegeliana, que nada puede ser definido independientemente de su opuesto, es decir, todo implica su opuesto (aquí Engels se acerca al concepto moderno de la relatividad), o dicho más objetivamente, que no existen líneas absolutas. "Las líneas absolutas son incompatibles con la teoría de la evolución. Hasta la línea de límite entre vertebrados e invertebrados no es fija. La línea de separación entre peces y anfibios, entre aves y reptiles, tiende

cada vez más, a desaparecer. Entre los *Compsognatus* (un pequeño dinosaurio) y los *Archaeopteryx* (un ave con dientes, del mismo origen) solo muy pocos miembros faltan, mientras que se han encontrado en ambos hemisferios picos de pájaros con dientes". (Citado por V. L. Komarov en "Marxism and Modern Thought", pág. 199, véase también A. M. E., vol. 2, pág. 189).

En física, Engels aclara este principio, con ejemplos del magnetismo en que cada polo norte implica un polo sud o viceversa, o más generalmente en el equilibrio de la atracción y la repulsión. Aquí el tratamiento de Engels es extraordinariamente moderno. Interpreta las fuerzas no como entidades místicas sino susceptibles de ser conocidas solamente por los movimientos que producen. Esta manera de ver es característica de la tendencia moderna de transformar la mecánica en cinematográfica. En el análisis de Engels la atracción es simplemente el reflejo del acercamiento de los cuerpos, como la repulsión es el de su separación. Así, el calor en la teoría cinética de los gases, actúa como una fuerza repulsiva.

LA NEGACION DE LA NEGACION

Lo mismo sucede con el principio de la negación de la negación, que Engels ilustra con los famosos ejemplos de la semilla de cebada negándose a sí misma en la planta y luego la planta negándose a sí misma en las semillas, como también los ejemplos matemáticos del producto de cantidades negativas y el cálculo diferencial. Estas son las clases de afirmaciones que hasta hace poco han hecho aparecer como inaceptable al materialismo dialéctico; incomprensible, por supuesto, para los hombres de ciencia formados en las teorías tradicionales. La negación les ha parecido siempre, algo que solo puede aplicarse a las afirmaciones humanas, pero esto es solo un defecto de lenguaje. Si tuviéramos una palabra para describir cómo algo en el curso de su propio desarrollo interno puede producir otro algo diferente y en cierto sentido opuesto a sí mismo y que con el tiempo lo reemplazará completamente, esa palabra tomaría el lugar de la negación. En este sentido, no es una operación simétrica; la negación de la negación no reproduce el original sino algo distinto. Mientras se trate de meras palabras, tales afirmaciones pueden convenir muy poco. Solo en ejemplos concretos se puede aprehender el significado de la negación de la negación. Y si los trabajos de Hegel y de Engels hubiesen sido considerados según sus valores en lugar de algo que se debe atacar en toda forma, el sentido que ellos le dan a "la negación de la negación" se hubiese manifestado claramente. Pero esto, claro está, hubiese implicado reconocer la necesidad de la revolución lo cual era demasiado incómodo para ser aceptado. Tal como sucede con el principio de la transformación de la cantidad en cualidad, así el principio de la negación de la negación tiene muchos ejemplos en la ciencia moderna. En casi todos los procesos físicos de la naturaleza, el proceso mismo tiene tendencia a crear una oposi-

ción que al final lo lleva a detenerse, de lo que a su vez resulta la desaparición del proceso antagonico y el restablecimiento del original. Tomemos como ejemplo, el caso de la formación de cadenas de montañas a consecuencia de movimientos de la corteza terrestre. Esto da por resultado grandes terremotos que destruyen la cadena de montañas y acumulan sedimentos que conducen a otros movimientos de la corteza que lleva a su vez a otras formaciones de montañas, etc.

La física moderna está llena de contradicciones dialécticas de este tipo — la onda y la partícula, la materia y la energía — y hasta en la psicología freudiana, el análisis provisorio del mecanismo del instinto y su represión está planteado en forma dialéctica. Toda la ciencia moderna provee inconscientemente de ejemplos que pueden ser solo conscientemente explicados por medio del materialismo dialéctico.

EL PROCESO DIALECTICO DE LA NATURALEZA COMO UN TODO

Engels no se redujo a los ejemplos científicos para probar la validez de su posición filosófica. Su tarea más importante era constructiva, y en varios lugares, tanto en sus cartas, como en el "Anti-Dühring" y en el ensayo sobre "Feuerbach", da su visión general del proceso dialéctico de la naturaleza como un todo. (véase especialmente la carta 232 y los cap. 5 a 8 del "Anti-Dühring"). Con su "Dialéctica de la Naturaleza" Engels trató de dar una concepción completa, pero no llegó a terminarla. Tal como está contiene un número de bosquejos más o menos completos de tales concepciones (1).

En el pasaje ya recordado de "Feuerbach" (pág. 76 de la edición inglesa) Engels hace una recapitulación de los puntos importantes en los cuales la ciencia de su tiempo sirvió para echar las bases de una visión materialista amplia del desarrollo del universo.

A este respecto, Engels da valor a tres descubrimientos de decisiva importancia:

"El primero era la prueba de la transformación de la energía obtenida del descubrimiento de la equivalencia mecánica del calor (por Robert Mayer, Joule y Colding). Las innumerables causas actuantes en la naturaleza que hasta entonces habían tenido una existencia inexplicable como las llamadas "fuerzas"— fuerza mecánica, calor, radiación (luz y calor radiante), electricidad, magnetismo, la fuerza de la combinación química y la disociación — se ha demostrado que son fuerzas especiales, modos de existencia de una sola y misma energía, el movimiento... La unidad de todo el movimiento en la naturaleza no constituye ya una aserción filosófica sino un hecho de la ciencia natural. El segundo descubrimiento — cronológicamente anterior — fue el de la célula orgánica, hecho por Schwann y Schleiden — de la célula como una unidad, de cuya multiplicidad y di-

(1) A. M. E., vol. 2, págs. 134, 153 y 216.

ferenciación todos los organismos surgen y se desarrollan, excepto los muy inferiores. Con este descubrimiento, la investigación de los productos orgánicos vivos de la naturaleza — anatomía y fisiología comparadas así como la embriología — tuvo por primera vez una base firme. El misterio desapareció de la explicación del origen, crecimiento y estructura de los organismos. El milagro hasta aquí incomprensible, se resolvió en un proceso que tomó lugar de acuerdo a una ley esencialmente idéntica para todos los organismos multicelulares. Pero quedaba aún un vacío esencial. Si todos los organismos multicelulares — tanto plantas como animales, incluyendo al hombre — se desarrollan de una simple célula, de acuerdo a la ley de división celular, ¿de dónde viene entonces, la infinita variedad de estos organismos? Esta pregunta fué respondida por el tercer gran descubrimiento: la teoría de la evolución, que fué presentada por primera vez, en forma organizada y fundamentada por Darwin...

Con estos tres grandes descubrimientos, los procesos más importantes de la naturaleza son explicados, remontándose hasta las causas naturales. Solo una cosa queda aún por hacerse: explicar cómo de la naturaleza inorgánica se ha originado la vida. En el actual estado de la ciencia, esto significa nada menos que la preparación de cuerpos albuminoides con sustancias inorgánicas. La química se acerca cada vez más a la realización de esta tarea, de la cual está aún muy lejos. Pero cuando pensamos que fué solo en 1828 que Wohler obtuvo de materiales inorgánicos, el primer cuerpo orgánico, la urea, y que innumerables compuestos se preparan artificialmente sin ninguna sustancia orgánica, no nos sentiremos inclinados a ordenar la detección de la investigación química antes de la producción de la albúmina. Hasta ahora, la química ha podido preparar cualquier sustancia orgánica cuya composición se conoce exactamente. Tan pronto como se llegue a conocer la composición de los cuerpos albuminoides, será posible proceder a la preparación de la albúmina viva. Pero sería exigir un milagro el que la química llevase a cabo, de un día para otro, lo que la naturaleza, aún bajo condiciones muy favorables, pudo realizar, con éxito en varios planetas, después de millones de años. Por eso, la concepción materialista de la naturaleza tiene actualmente bases muy distintas y más firmes que en el siglo pasado¹.

Esta cita muestra ampliamente que Engels tenía no solo una visión completa de los estados esenciales del desenvolvimiento de la vida hasta el hombre, sino que vió claramente los vacíos que había en su explicación. Los vacíos son, antes que nada, el origen del universo astral tal como lo conocemos ahora, incluyendo el sistema solar y la tierra, el origen de la vida en la tierra, el origen de la especie humana y el origen de la civilización. Cada uno de estos problemas fueron tratados por Engels.

EL ORIGEN DEL UNIVERSO

Una vez comprendido el materialismo dialéctico se hace manifiesto el absurdo lógico de todas las teorías de la creación del universo. No es que el materialismo dialéctico provea a su vez de una teoría, sino que señala que no se puede considerar al universo en la misma forma que a cualquiera de sus partes, como algo hecho desde afuera. Sea lo que fuere lo que mueve al Universo, debe ser el Universo. En tanto se desarrolla es su propio creador. Señala especialmente, lo infantil que es atribuir un creador personal, ya sea con el antropomorfismo sincero de los hombres en estado tribal o ya con el idealismo reaccionario de los matemáticos que fabrican a Dios en la época actual. Tal como escribió Engels: "Gott Nescio, "aber ignorantia non est argumentum" (Spinoza)" (1). Al mismo tiempo vió claramente que existían razones sociales y políticas para mantener tales creencias y para acentuar la impotencia del hombre ante la naturaleza y por consecuencia, ante el orden social y político existente.

En cuanto al origen del universo, Engels no formuló una teoría nueva pero señaló que la clave para su descubrimiento estaría en el estudio de la naturaleza de la materia y el movimiento. Desde el principio, Engels se sintió atraído por la hipótesis de la nebulosa y observó con entusiasmo, la nebulosa espiral de la cual nuestra vía Láctea es solamente un ejemplo.

EL ORIGEN DE LA VIDA

Vimos ya que Engels creía, en una época en que esta creencia era mucho menos legítima que ahora, en el origen químico de la vida, como un período definido en el desarrollo de la tierra. Fuera de una teoría especial sobre la creación de la vida que había sido atisbada a mediados del siglo XIX, la única teoría correspondiente sostenía que la vida existió siempre. Esta teoría defendida con la autoridad de Liebig y Helmholtz (2) fué enérgicamente combatida por Engels. ¿Por qué, preguntaba Liebig, no puede ser la vida organizada tan eterna como la materia misma? ¿Por qué no puede ser tan fácil imaginar esto como la eternidad del carbono y sus componentes? A esto responde Engels: "(a) ¿Es simple el carbono? Si no lo es, no es como tal, eterno. (b) Los componentes del carbono son solo eternos en el sentido que bajo tales y cuales condiciones de mezcla, temperatura, presión, etc., pueden ser producidos. Sin embargo, solamente los componentes más simples del carbono, por ejemplo el CO₂ y el CH₄ pueden ser eternos porque pueden ser producidos y descompuestos en sus elementos, en cualquier momento y en casi todos los lugares". (A. M. E. Vol. 3, pág. 189).

Sostiene que con estas excepciones, las condiciones para la

(1) A. M. E., vol. 2, pág. 169. "Dios = no lo sé, pero la ignorancia no es un argumento".

(2) A. M. E., vol. 2, págs. 176 y sig.

producción de los compuestos del carbono no existen, con excepción en los seres vivientes sobre la tierra o en el laboratorio y aunque se puede suponer su existencia eterna, esto muestra meramente que cualquier cosa que es pensada no necesita necesariamente existir. Más intenso es el argumento contra la eternidad de la albúmina que solo puede existir dentro de los estrechos límites de temperatura y humedad de la tierra.

"Las atmósferas de los cuerpos astronómicos, particularmente la nebulosa, estaban originariamente en estado incandescente — por lo tanto, no había lugar para la albúmina — de modo que este espacio debió ser el gran depósito, un depósito desprovisto de aire y alimento y a una temperatura en que ningún cuerpo albuminoideo pudo existir...

Lo que dice Helmholtz acerca del fracaso del experimento para producir la vida, es pueril. La vida es el modo de existencia de las sustancias albuminoideas: su ímpetu intrínseco es el resultado del continuo intercambio entre la materia y el medio que la rodea; cesando este intercambio, cesa la vida misma y la albúmina desaparece". (A. M. E. Vol. 2, pág. 181).

El tiempo no ha debilitado la solidez de las conclusiones de Engels. Estamos aún lejos de haber analizado y mucho menos sintetizado las sustancias albuminoideas (Engels no significaba con ello las proteínas en su sentido moderno, como una sustancia química pura, sino el complejo de sustancias químicas que se encuentran en el protoplasma — proteínas, azúcares, sales, etc.) (1) Sin embargo, por medio de la combinación del conocimiento bioquímico moderno y las consideraciones astrofísicas y geológicas sobre la atmósfera primitiva del planeta, podemos trazar un cuadro aceptable del origen de la vida, como resultado de medios puramente químicos y ninguna otra hipótesis sobre el origen de la vida podrá sufrir el más ligero examen racional.

EL ORIGEN DE LA SOCIEDAD HUMANA

La otra brecha vista por Engels fué la del desarrollo de la sociedad humana a partir del estado animal; pero a ese respecto no era suficiente ver y apreciar en su justo valor los resultados de los investigadores científicos: en este terreno científico, Engels dominaba por completo.

En el siglo XIX prevalecía aún el concepto popular de la creación especial del hombre. Los materialistas que seguían a Darwin, Huxley y Haeckel, sostenían que el hombre era solo un mono superior que se distinguía por tener un cerebro de mayor tamaño. Este cerebro que daba al hombre su carácter peculiar era nada más que un producto de la evolución así como las alas de un murciélago o la trompa del elefante. Marx y Engels vieron que esta explicación burda, era difícilmente mejor que la teológica. Vieron, mucho antes que los antropólogos se hayan

ocupado, que había algo cualitativamente diferente en el hombre que lo distinguía de otros animales y que este algo no era un alma inmortal, sino el hecho de que el hombre no existe fuera de la sociedad y que es en realidad un producto de la sociedad que él mismo ha producido. El hombre, al entrar en relaciones con otros hombres, debido al intercambio del alimento y a la transmisión de los caracteres sociales por medio de la tribu se diferenció cualitativamente de los otros animales. Estos problemas fueron tratados por Engels en un ensayo sobre "El trabajo como factor en la transformación del mono en hombre", y en su trabajo científico más brillante "El origen de la familia".

V. L. Komarov, en su artículo titulado "Marx y Engels en la Biología", (1) trata extensamente este mismo punto. Los primeros grados del desarrollo del hombre como animal que utiliza instrumentos y como animal capaz de comunicarse con los otros individuos de su especie, puede solo ser considerado desde un punto de vista biológico. Es al mismo tiempo la posibilidad anatómica inherente en el mono que vive sobre los árboles, lo que hizo posible el uso de instrumentos, determinó el desarrollo de la mano humana en su forma actual, sin lo cual se hubiese desarrollado en forma de pezuña o garra: "Así la mano no es solamente un órgano de trabajo sino que es también su producto... Pero la mano no fué algo apto por sí solo, era solamente uno de los miembros de un organismo extraordinariamente complejo y lo que ayudaba a la mano, ayudaba también a todo el cuerpo al que la mano servía y lo ayudaba en forma doble" (A. M. E. Vol. 2, pág. 201.)

Pero al mismo tiempo, el desarrollo de la habilidad manual intervino en la formación de la sociedad primitiva. "El desarrollo del trabajo ayudó necesariamente a la reunión de todos los miembros de la sociedad, pues debido a ello, las demandas de ayuda mutua y de acción en común se hicieron más frecuentes y cada uno de los miembros comprendió la ventaja de esta actividad mutua. Para abreviar diremos que cuando el hombre se formó llegó hasta el momento de sentir la necesidad de decir algo a su semejante. La necesidad creó el órgano. La lengua no desarrollada del mono sufrió un cambio lento pero constante por medio de modulaciones que aumentaban gradualmente; y los órganos bucales aprendieron, también gradualmente, a pronunciar distintos sonidos" (V. L. Komarov, "Marxism and Modern Thought", pág. 201).

EL ORIGEN DE LA FAMILIA

En "El origen de la familia" Engels parte de un período más primitivo de la historia. Es aquí que se puede valorar a Engels como hombre de ciencia. Mucho antes de ser reconocido por los antropólogos oficiales, Engels comprendió el significado de la familia matriarcal o clan cuya existencia es señalada en

(1) Esta opinión de Bernal, favorable a Engels, es discutible. Yo creo que Engels cometió aquí un error que era, en cierto modo, el de su tiempo. Así lo admite también Prenant, y en este caso estoy de acuerdo con él. — A. P.

(1) "Marxism and Modern Thought".

todos los pueblos primitivos, por viajeros y misioneros. Con su amplio conocimiento histórico, Engels enlazó estos hechos con la historia de la Grecia y Roma primitivas y señaló, ante todo, la admirable unidad económica constituida por la familia matriarcal en un período primitivo determinado de la producción, e indicó después, cómo desapareció dando, primero, la familia patriarcal y finalmente la pequeña familia moderna, bajo la influencia del desarrollo de la propiedad, debida ésta a mejores métodos de producción. Todas las obras más recientes de los antropólogos e historiadores sirvieron solamente para confirmar las ideas originales de Engels.

La transformación de la familia matriarcal hasta la forma de hoy ha sido señalada también en la China y puede verse su proceso actual en todas las sociedades primitivas en contacto con la civilización europea, como lo ha mostrado Malinowsky, con muchos detalles. Los estudios antropológicos de Engels no fueron meros ejercicios académicos; estaban estrechamente vinculados a la gran tarea que compartió con Marx: la transformación de la sociedad capitalista en sociedad socialista. Al reconocer la vida relativamente feliz, amable y leal del salvaje comparada con la de sus descendientes civilizados, Engels concibe la tarea del socialismo como la del retorno, también a través de la negación de la negación, a la nobleza del salvaje, sin sacrificar las fuerzas materiales que la evolución capitalista ha dado al hombre. Sus estudios históricos, particularmente "La historia de la marca" conducen todos a demostrar el valor de esta transformación. Engels comprendió sus dificultades (carta 227):

"La historia es la más cruel de las diosas, conduce su carro triunfal pasando sobre tumbas y cadáveres, no solo cuando hay guerra sino también en época de "pacífico" desarrollo económico. Y nosotros, hombres y mujeres somos despreciablemente tan estúpidos que no podemos nunca armarnos de suficiente coraje para conquistar un progreso real a menos que nos veamos obligados a ello por sufrimientos que parecen casi superiores a nuestras fuerzas".

LA OBRA DE ENGELS Y LA EVOLUCION DE LA CIENCIA

¿Cuál es la relación de la obra de Engels con el enorme desarrollo que la ciencia ha conquistado desde su época? Lo que se ha dicho hasta aquí, debiera ser suficiente para mostrar que dicha evolución ha confirmado el valor de sus métodos e influyó en su aplicación futura. Para una parte del período intermedio dicha tarea la realizó Lenin con su "Materialismo y Empirio Crítico", y Plejanov y Bujarin con sus escritos. En el momento actual este trabajo es llevado adelante, teórica y prácticamente por los estudiosos soviéticos más jóvenes (1).

(1) Véase, por ejemplo, "Science at the Cross-roads" (Kniga 1931); "Science and Education in Soviet Russia", por A. Pinkevitch (Gollancz) y "Marxism and Modern Thought", ya citado.

No cabe la menor duda de que Engels hubiese reconocido y acogido los principales adelantos científicos que se han realizado desde su época. Hubiese reconocido que se han dado cuatro pasos fundamentales. La teoría de la relatividad destronó finalmente al materialismo mecánico de la escuela newtoniana pero solo en su aspecto mecánico y no en el materialista. Engels, que acogió el principio de la transformación de una forma de la energía en otra, hubiese acogido igualmente el principio de la transformación de la materia en energía. Aquí hallaría su prueba final el movimiento como modo de la existencia de la materia. El segundo gran avance, toda la moderna teoría atómica y de los "cuantos", se le manifestaría como una justificación del materialismo dialéctico. Las diversas cualidades de los elementos naturales encuentran ahora su explicación simplemente en el número de electrones de que están compuestos. La transformación de la cantidad en cualidad se ejemplifica con mayor claridad aún que en la química orgánica. Los grandes adelantos alcanzados por la bio-química que muestran los fenómenos de los animales y plantas vivos como funciones de las moléculas químicas que los forman, constituyen un ejemplo directo de lo que Engels ha escrito acerca de los fundamentos químicos de la vida.

Finalmente, el descubrimiento del mecanismo de la herencia a través de la teoría de los cromosomas (establecida originalmente por Mendel y que actualmente se comprueba por el microscopio) provee el modo material de la transformación por el cual los animales se desarrollan y reproducen. Estos adelantos dejan todavía sin solución los vacíos más importantes de nuestro conocimiento, pero vemos con mayor claridad de lo que Engels pudo ver, cómo pueden ser llenados. Sin embargo, la obra de Engels es notable no sólo para su época, sino que nos es valiosa ahora, para tratar de investigar la ciencia con la misma amplitud y con la base histórica que él poseía, y el uso de los métodos que elaboró para llevar adelante la solución de futuros problemas.

Después de medio siglo de abandono, los métodos de Marx y Engels llegan al fin a ocupar el lugar de los correspondientes en el terreno científico. Primero, en la Unión Soviética, pero ya también en Francia e Inglaterra se está estudiando a los clásicos del materialismo dialéctico porque aclaran problemas actuales. En Francia especialmente, han aparecido ya dos notables contribuciones en "A la lumière du Marxisme" (A la luz del marxismo) por varios escritores científicos e historiadores y "Biología y Marxismo" por Prenant. Las crisis de la ciencia moderna aparecen en primer lugar como dificultades intelectuales que surgen de descubrimientos nuevos y aparentemente incompatibles. La solución de estas crisis, esto es, el proceso de llevarlas a una armonía con el movimiento general del pensamiento humano y la acción, es una tarea para los hombres de ciencia marxistas de hoy y de mañana. La tarea es infinita y sin embargo se pueden establecer estados definidos de adelanto. Por medio del materialismo dialéctico tenemos una comprensión más

amplia de procesos totalitarios que eran vistos antes solo en sus elementos.

Pero la obra de Engels no sólo es valiosa en estos aspectos generales y casi filosóficos de la ciencia. Los que se toman el trabajo de seguir diariamente todo lo que Engels ha atisbado se encuentran con más capacidad para aprehender las conexiones detalladas de investigaciones especiales.

La función del materialismo dialéctico no es la de ocupar el lugar del método científico sino de servirle de complemento dándole indicaciones y direcciones por medio de las cuales se puede llegar a soluciones felices. Así, dice Uranovsky en "Marxism and Modern Thought": "La dialéctica de la naturaleza es un método de investigación y conocimiento de la naturaleza. Esta concepción está fundada en la aplicación del materialismo dialéctico a los datos de la ciencia tal como son obtenidos en cada momento histórico. La dialéctica de la naturaleza no da a la naturaleza conexiones artificiales y no resuelve problemas poniéndose en lugar de las ciencias naturales. Ayuda a conocer y relacionar con espíritu de crítica hechos ya obtenidos, señala los caminos para investigaciones futuras y plantea con seguridad, problemas no investigados". (pág. 153).

Al método científico le corresponde juzgar la verdad o falsedad de estas soluciones.

Mostrando como la ciencia adelantó cuando estaba en relación, inconscientemente, con las fuerzas productivas, señala al mismo tiempo cómo este propósito inconciente puede ser rígido concientemente una vez aprehendido. Esto es lo que sucede en la U. R. S. S. y una vez en plena acción, se encuentra que la ciencia ha alcanzado un nuevo grado de desarrollo. Pero este grado no llegará por sí solo; requiere la colaboración inteligente de parte de los mismos investigadores. Al hacer esto, perpetuarán el recuerdo de Engels que será mayor cuanto más cerca estén de su espíritu, porque Engels fué algo más que un investigador de las ciencias y filósofo: fué un revolucionario. Con él la ciencia adquirió un significado nuevo y positivo. La última tesis sobre Feuerbach expresa su posición: "Los filósofos solamente han interpretado al mundo de distintas maneras. Sin embargo, lo fundamental consiste en transformarlo".

Traducción de
Toshiba Efrón.

Comentarios marginales

por Aníbal Ponce

Con fecha 27 de julio de 1854, Marx le escribía a Engels, entre otras cosas, que le interesaba mucho la lectura de la "Historia de la formación y del progreso del tercer estado", de Agustín Thierry. Y a renglón seguido agregaba que Thierry es, en la historiografía francesa, "el padre de las luchas de clase" (Marx-Engels, "Correspondance", tomo IV, pág. 55, traducción Molitor, editor Costes, París, 1932).

Bastaría esa sola referencia para comprender la importancia histórica de las doctrinas de Thierry y la merecida atención con que deben ser examinadas. Si se repara además en que Thierry fué, durante mucho tiempo, colaborador e "hijo adoptivo" —como él se decía— del conde Saint-Simon, aparecerá en todo su alcance la redoblada insistencia con Plejanov lo ha tratado no sólo en este ensayo sino también en "La concepción materialista de la historia" que "Dialéctica" publicará dentro de poco en la serie "Teoría" de su biblioteca.

Por un antojo sin atenuantes, al que nos tienen acostumbrados los editores españoles, la traducción castellana de los "Relatos de los tiempos merovingios", de Agustín Thierry (traducción Eduardo del Palacio, editor Calpe, Madrid, 1922), ha sido despojada de las "Consideraciones sobre la Historia de Francia" que en la edición original preceden a los "Relatos". Es verdad que las "Consideraciones" fueron escritas con posterioridad a esos mismos "Relatos" que estamos acostumbrados a leer después de aquéllas, y que son muy distintas además por la categoría y el estilo: pintoresco y casi anovelado en los "Relatos"; sesudo y grave en las "Consideraciones".

Pero no es menos verdadero que el mismo Thierry cuenta en el prefacio de sus "Relatos" que fué precisamente con intención de "hacer conocer íntegramente y de exponer con diaphanidad el pensamiento histórico" bajo el cual comenzó y prosiguió sus "Relatos de los tiempos merovingios", lo que le movió a añadirles la disertación preliminar que tituló "Consideraciones sobre la Historia de Francia".

Por torpeza o malicia, el editor español ha privado a los lectores de habla castellana del conocimiento de uno de los más sagaces estudios críticos sobre las teorías de la historia que se hayan escrito en el siglo XIX. Razón de más para leer y releer, con esmerado estudio, la monografía tan brillante y substanciosa de Plejanov.

Tras de las huellas de Saint-Simon, Thierry ha substituído, en verdad, como dice Mauss, "la historia social a la historia política" (en el "Bulletin de la Société française de Philosophie", enero de 1925, pág. 18, editor Colin, París). Pero no "la" historia social, sino "una" historia social: la que la burguesía triunfante de comienzos del siglo XIX suponía que era la meta final de todas las historias. Ya hemos de ver en algún número próximo de "Dialéctica" a propósito de Guizot —y bastante lo subraya Plejanov aunque de pasada— cómo era de uniforme el pensamiento de la burguesía en ese instante de su evolución. A igual que los otros historiadores, y tan pronto descubre que las luchas de clase son el motor de la historia —"padre de las luchas de clase", ya hemos visto que lo llama Marx—, Thierry se vuelve iracundo contra los que creen que las luchas de clase continúan aún después que la burguesía consiguió desalojar al feudalismo. Sobre este particular tiene bastante interés el párrafo de la carta de Marx, de que más arriba hicimos referencia. Marx encuentra "curioso" que en el prefacio a la "Historia de la formación y del progreso del Tercer Estado", Thierry arremeta contra "los modernos que ven actualmente un antagonismo entre la burguesía y el

proletariado y quieren descubrir los rastros de esa antinomia en la misma historia del Tercer Estado hasta 1789. Thierry se esfuerza en demostrar que el Tercer Estado englobaba a todos los estados que quedaban afuera del clero y la nobleza; y que la burguesía desempeña su papel como representante de todos esos elementos. Trae a colación esta cita que se refiere a las relaciones comerciales de Venecia: "Los que se llaman "estados" del Imperio pertenecen a tres órdenes de personas: el clero, la nobleza y las gentes que se llaman el pueblo vulgar". Si Thierry hubiera leído nuestros escritos sabría que la oposición radical entre el pueblo y la burguesía no comienza sino el día en que la burguesía deja de oponerse como Tercer Estado al clero y a la nobleza. En cuanto a las "raíces históricas de un antagonismo que ha nacido ayer", su libro suministra la mejor prueba de que esas raíces han brotado al mismo tiempo que las del Tercer Estado" (Marx-Engels, "Correspondance", tomo IV, págs. 55 y 56).

Abundan las pruebas en el artículo de Plejanov sobre esas inconsecuencias de Thierry, pero hay en él también sobrados elementos para comprender cuáles eran los motivos de clase que le impedían desarrollar su pensamiento. Tanto para Thierry, como para Saint-Simon, había sonado la hora de los industriales. La revista "La Industria" que Saint-Simon dirigió de 1816 a 1818, no sólo llevaba como epígrafe: "Todo por la industria, todo para la industria", sino que en el subtítulo se dice que la revista defiende los intereses de "todos los hombres entregados a las labores útiles e independientes". Por "labores útiles e independientes" ya ha dicho Plejanov que Saint-Simon entendía, por igual, la de los industriales y la de los obreros. En beneficio de quien iba a redundar semejante confusión, lo sabemos demasiado bien por el mismo Plejanov. Pero si un detalle significativo puede ayudar a esclarecerlo todavía más, vaya este de importancia no dudosa: Saint-Simon fundó la revista "L'Industrie", en que Thierry colaboraba, con el dinero de la pensión de 10.000 francos mensuales, que el banquero Laffitte le concedió (Maxime Leroy, "La vie du comte de Saint-Simon", pág. 266, editor Grasset, París, 1925).

Laffitte, banquero e industrial, fué, como es sabido, el que financió la revolución burguesa de 1830.

Para los que conocen la biografía de Carlos Marx que con tanta sabiduría escribió Franz Mehring (Mehring, "Carlos Marx. Historia de su vida", traducción W. Roes, editorial Cenit, Madrid, 1932), no será una sorpresa el estudio de Schiller sobre la actitud de Marx frente a la literatura universal.

Para muchos otros, en cambio, no dejará de ser una revelación esta rápida revista en que se pueden ver algunas de las opiniones de Marx sobre los grandes y medianos autores del pasado y de su edad. Son tan burdas todavía las patrañas que circulan sobre el marxismo y sus creadores; es tan espeso el muro que varias décadas de campaña interesada ha conseguido interponer

entre el público y los textos originales del marxismo, que siguen corriendo aún entre los medios cultos las leyendas más inverosímiles y las deformaciones más extrañas. Una de esas leyendas ya admitida como artículo de fé asegura que los fundadores del marxismo no se pronunciaron nunca sobre los problemas de la literatura y del arte. Y que por otro lado nada tendría de extraño semejante silencio en una doctrina cuya esencia "materialista" la predisponía a volver las espaldas a los sutiles problemas de la creación estética.

El lector, que ya habrá analizado el largo estudio de Schiller, podrá decir hasta dónde es ridícula semejante leyenda, y si sabe que paralelamente a los trabajos de Marx, Engels se pronunció en diversas ocasiones sobre algunos de los representantes literarios más ilustre de la literatura moderna —Goethe, Balzac, Carlyle— comprenderá con qué esfuerzo es necesario ir rompiendo la maraña de opiniones hechas que desfiguran el marxismo para acercarse por fin hasta las fuentes. Y si eso decimos de Marx y de Engels, lo mismo vale para Mehring y Plejanov. Con excepción de algún estudio aislado, ¿quién conoce los trabajos críticos fundamentales de estos últimos sobre diversos aspectos de la novela, la pintura y el teatro?

Imposible sería ahora, pongamos a comentar una por una las opiniones de Marx sobre Dante o Shakespeare, Chateaubriand o Shelley. Digamos sí que las líneas generales de su concepción del arte han gravitado de manera decisiva en lo que ha dado en llamarse, después de algunas vacilaciones, "el realismo socialista". Basta leer las discusiones del Congreso de Escritores, celebrado en Moscú en agosto de 1934, para ver hasta dónde es de directa la filiación artística de los jóvenes creadores de la U.R.S.S. (ver "Congreso de Escritores Soviéticos", edición del Centro de Trabajadores Intelectuales del Uruguay, Montevideo, 1935, sin nombre de traductor). Nada de interpretaciones abstractas del bien y del mal; nada de representaciones esquemáticas de las doctrinas políticas o de los principios sociales; la individualización, en cambio, sobre imágenes vivas, en el terreno concreto de las luchas de clase. En las cartas de Marx y de Engels a Fernando Lassalle a propósito del drama de este último sobre "Franz von Sickingen" —cartas que Mehring publicó y que no han sido por desgracia traducidas—, los dos fundadores del materialismo dialéctico después de exponer una larga lista de objeciones artísticas e históricas, invitaban a Lassalle a que "Shakespeareizara" un poco más. Quitando lo que pudiera haber de ironía, el consejo llevaba consigo toda la doctrina actual del realismo socialista. Lo que Shakespeare realizó en su época como pintor implaceable del mundo feudal, es lo que el artista debe proponerse ahora frente a las luchas de la burguesía y del proletariado. Pero si semejante modelo es legítimo por la manera de enfocar la realidad, lo es todavía y a igual título por la manera de tratarla; sin declamaciones inútiles ni propósitos confesados. Para los artistas de la izquierda de hoy que no conciben el arte sino como un enorme afiche, ¡qué impresión más extraña han de causarles estos fundamentos del marxismo que señalan con un defecto gravísimo, la tendencia política demasiado visible! "Cuanto más escondidas

permanecen las opiniones políticas del autor mejor es para la obra de arte —decía Engels a mis Harlness en 1888. El realismo de que hablo se manifiesta aún fuera de las opiniones del autor". Lo mismo que, cuatro años antes, le había escrito a Mina Kautsky: "La tendencia debe surgir de la situación y de la acción mismas sin que sea explícitamente formulada... debe fluir de la expresión misma de los hechos".

Hormiguean pues, en la obra de Marx y de Engels las suficientes referencias para delinear las bases de una estética, como también las sugerencias preciosas para enfocar y enjuiciar este autor o aquella obra. A propósito del "realismo" en general ya hemos visto lo que Marx pensaba; a propósito de Cervantes vamos a ver hora su opinión concreta. Marx veía en "Don Quijote", dice Lafargue, "la epopeya de la caballería moribunda cuyas virtudes empezaban a ser para el mundo burgués naciente, un objeto de burla y de ridículo". (Lafargue, "Souvenirs sur Marx", pág. 8, "Bureau d'Éditions", París, 1935). Y a propósito del libro de Daumer, Schiller recuerda que los proverbios de Sancho Panza eran para Marx y Engels las únicas creaciones de una burguesía tímida y mezquina frente a "las tragedias monumentales" de la nobleza feudal que se batía en retirada. En contra, pues, de la opinión corriente que hace de "Don Quijote", una burla a los libros de caballerías, Marx veía en él "una epopeya". ¿Se justifica esta opinión? ¿Se inspira en un conocimiento superficial de la literatura española o en una acabada comprensión de la misma? La última de las obras que se han escrito sobre el Quijote, la de Salvador de Madariaga, dice a modo de conclusión en el capítulo destinado a "Cervantes y los libros de caballerías": "el verdadero origen consciente de "Don Quijote" ha de buscarse, no en el deseo de destruir, sino en la ambición de emular la popularidad del "Amadís de Gaula" y su progenie. La primera idea de Cervantes ha debido ser la de escribir un libro de caballerías modelo". (Salvador de Madariaga, "Guía del lector del Quijote", pág. 53, editor Aguilar, Madrid, 1926).

No es el momento de desarrollar esa tesis; pero me parece que la opinión de Madariaga viene a decirnos que aún en los casos en que Marx, crítico literario, puede parecernos caprichoso, ahí están los hechos que le dan la razón.

La más seria biografía de Engels que hasta hoy se ha publicado, la de Gustav Meyer, no ha sido traducida a ninguno de los idiomas latinos. La versión inglesa de R. Crossman está anunciada recién para fines de este año. Se debe, pues, a la ausencia de traducciones de una obra tan fundamental, que la biografía de Engels sólo sea conocida a través y en función de la vida de Marx. Verdad es que una amistad ejemplar ha reunido a los dos grandes hombres en una sola vida y en una sola obra. Pero aún reconociéndolo así, no es menos cierto que cada uno conservó caracteres suficientemente personales como para merecer, por separado, el estudio minucioso. No soy yo de los que creen

que hay un marxismo de Marx y un marxismo de Engels. La correspondencia y los biógrafos han demostrado hasta la saciedad que nada importante escribieron los dos sin previamente ponerse de acuerdo. Pero hay en la vida y en la obra de Engels bastante material para sacarlo de ese papel de "segundo violín" que con tanta generosidad como modestia se atribuyó más de una vez.

El estudio de J. D. Bernal, del Laboratorio de Cristalografía de la Universidad de Cambridge, viene muy oportunamente a destacar todo lo que hay de vivo y perdurable en la contribución propiamente científica de Engels. Hasta que no se traduzca la "Dialéctica de la Naturaleza"—su gran obra inconclusa—no se podrá conocer de manera cabal el lugar que Engels ocupa en la filosofía y en la ciencia. Pero aún así —en ausencia de la traducción de su biografía por Mayer y de sus obras completas— tenemos lo necesario para trazar las grandes líneas de su pensamiento, y para conocer sus opiniones particulares sobre algunos problemas de especialistas. La enorme ventaja que el materialismo dialéctico le dió a Engels sobre todos los otros científicos de su época, fué el haberle provisto de un plan general que no sólo le impidió caer en la miopía de la especialización, sino que le permitió, además, pasar de un sector a otro con extraordinaria agilidad. Dueño de todo el saber de su época, condición indispensable para llegar a elaborar el propio, Engels pudo no sólo contemplar desde su punto de vista el panorama cultural, sino prever además en qué dirección avanzarían las corrientes fecundas. Su actitud frente a Darwin, que Bernal recuerda, y que Engels dejó documentada veinte años después en una carta a Lavrov —recientemente publicada por el Instituto Marx-Engels, de Moscú— demuestra no sólo con qué flexibilidad comprendía lo que aportaban de legítimo las nuevas doctrinas, sino también las limitaciones que el punto de vista burgués les imponía.

Ya hemos dicho a propósito del estudio de Friedmann sobre el materialismo dialéctico y la acción recíproca (ver "Dialéctica", No. 5, pág. 257 y siguiente), que cuanto ahora se grita en el campo de las derechas contra el "modo de pensar naturalista", ya hace rato que Engels lo había escrito en las humildes "generalidades" de su "Anti Dühring". Con esta diferencia, por supuesto: que mientras la reacción actual, en filosofía lo mismo que en psicología, en sociología lo mismo que en historia, atribuye ese modo de pensar a un pecado inherente "al materialismo", Engels lo destaca como exclusivo de una de las formas rígidas e inferiores del materialismo, el materialismo "metafísico", "vulgar" o "estático", contra el cual reaccionó precisamente, el materialismo "dialéctico", "histórico" y "dinámico".

El solo hecho de que no sólo en la U R S S, sino en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, los sabios más ilustres se aproximan al marxismo en busca de las soluciones que sus propios métodos ya no puede procurarles, indica hasta dónde es de fecunda esta nueva concepción del mundo que Engels y Marx elaboraron. En el campo de la burguesía las crisis de las ciencias particulares hacen eco a la crisis económica y social del sistema capitalista que las inspira. Algunos hombres de ciencia han creído

escapar a esa crisis buscando la calma a la sombra del misticismo religioso. Actitud negadora que parecería indigna de los hombres de ciencia si no conociéramos los motivos de clases que dirigen la especulación aparentemente más desinteresada. Otros en cambio, cada día más numerosos, buscan en el marxismo "la luz" que aclare sus propios problemas. Pero en prueba también de que las ciencias llevan consigo el sello de la clase social que las orienta, esos investigadores que se acercan al marxismo ocupan al mismo tiempo un puesto de combate en las filas de la izquierda proletaria.

El artículo de Bernal conduce, además, a ciertas conclusiones de orden práctico, que el ensayo anterior de Schiller sobre Marx ya nos había permitido señalar. Para ocupar a conciencia un puesto responsable en la vanguardia científica de hoy, como en los sitios de avanzada de la literatura o del arte, es condición indispensable el previo tratamiento crítico de todo el saber acumulado por la humanidad. Sin el estudio y sin la disciplina, el "izquierdismo" no es más que declamación de charlatanes o desplante de botarates. La pequeña burguesía que se dice "revolucionaria" gusta de las negaciones radicales y de los rechazos terminantes. El proletariado ignora semejantes condenas. Sabe que sólo merece su título de "constructor del porvenir", porque es al mismo tiempo el "heredero de la cultura humana".

"No podemos edificar el comunismo —decía Lenin el 4 de Octubre de 1920 en el Tercer Congreso Panruso de la Unión de los jóvenes comunistas— sinó partiendo de la suma de conocimientos, de organizaciones y de instituciones, así como de las fuerzas humanas y medios que hemos recibido de la vieja sociedad".

Análisis de Libros

LETRAS EXTRANJERAS

PAUL GSELL: *Le monde à l'en-droit*. U. R. S. S. "Editions Sociales Internationales". — Paris, 1936.

Todos los que soñamos con visitar y conocer ese maravilloso "mundo al derecho" que es la U. R. S. S., tendremos que agradecerle a Paul Gsell por el viaje que gracias a su libro realizamos.

A través de sus páginas el pueblo ruso nos depara un recibimiento cordial por intermedio de la siguiente inscripción: "el comunismo suprime las fronte-

ras". Ciudadanos del universo, nos sentimos desde entonces y con Gsell seguimos nuestro viaje hasta llegar a Moscú y luego a Leningrado.

Moscú es la ciudad moderna, dinámica, cambiante; Leningrado, a quien Moscú ha despojado de su "corona", parece "sufrir de una melancolía indolente". En realidad, en nada se distingue exteriormente de las ciudades europeas. Todas las ciudades rusas, aún las más viejas, son objeto de un profundo rejuvenecimiento material e intelectual.

Luego el autor nos hace conocer la vida íntima del pueblo ruso: su organización política; la total socialización de la agricultura, de la industria, del comercio; y, finalmente, la organización sindical que se confunde enteramente con el Estado. Todos los ciudadanos de la U. R. S. S. son funcionarios; desde el obrero manual al intelectual, todos pertenecen a un servicio público, reciben un salario correspondiente a la cantidad y calidad de su trabajo; tienen asistencia en caso de enfermedad o accidente y una vejez asegurada.

El profundo cambio que se ha operado en la organización del país soviético ha sido paralelo al de una transformación de las más hondas raíces del alma del hombre ruso. Ya no se le oye decir: "mitchevo" (¿qué importa!, total ¿para qué?). El hombre de la Rusia actual vive lleno de preocupaciones, la mirada dirigida hacia el futuro. Los habitantes de la U. R. S. S. —dice Gsell— tienen ante ellos un programa cuya realización necesita miles de años, porque los rusos están decididos a hacer descender el cielo a la tierra. Para llegar a su meta, sufren toda clase de privaciones que, a diferencia de las privaciones y sufrimientos del hombre de los países capitalistas, encuentran su compensación en la certeza de que verán cristalizarse sus ensueños, sus anhelos y sus esperanzas.

La transformación de la estructura espiritual rusa es la consecuencia inmediata de su nueva organización económica. La vida intelectual y artística en la U. R. S. S. es real e intensa. Para los dirigentes bolcheviques, los intelectuales constituyen su más preciado auxiliar. Tanto el artista como el investigador científico tienen una misión social que cum-

plir: la formación espiritual de la comunidad. Con ellos colabora armónicamente el gobierno.

Para comprender ese cambio profundo, hástenos transcribir la siguiente cita de Gsell: "En el año 1934, en el congreso de escritores reunido en Moscú, el novelista Sobolev se hizo aplaudir al declarar en forma muy espiritual que el gobierno del partido comunista acuerda a la gente de letras todos los derechos, menos el de escribir mal".

Todas las manifestaciones artísticas tienden allá a un solo fin: embellecer la sociedad. El arte ruso exige que el comediante — cuando se trata del teatro — sea siempre considerado como un artista y no como personaje "verdadero". Desea que el teatro no sea la imitación de la realidad, sino un juego sagrado gracias al cual el espíritu humano comenta y magnifica la vida. El teatro, para los rusos, es la más perfecta de las escuelas; instruye deleitando. Los dirigentes se esfuerzan por desarrollar el gusto estético de las masas.

Meyerhold, el más grande director teatral de nuestros tiempos, sostiene que el teatro es la más útil de las artes para la formación espiritual de un pueblo. Para él, todas las artes se hermanan en la escena; allí se reúnen en armonía perfecta: la poesía, la música, el canto, el baile, la arquitectura, la coreografía, la decoración, etc. El teatro reúne fraternalmente a los intérpretes en un esfuerzo común y el público fraterniza con los actores y el pensamiento del autor. En los teatros del soviet, se representan no sólo obras revolucionarias, sino que tienen un amplio repertorio de las obras valiosas de todos los países, de los cuales hacen representaciones impecables.

El hombre ruso actual vive de

acuerdo a una categoría ético-social distinta a la del resto del universo: su entrega total a la colectividad, que a su vez le da la libertad individual.

El obrero manual, el campesino, el artista, el intelectual, todos viven entregados a la colectividad para la realización de su más grande anhelo: el bienestar material y espiritual de aquella. La devoción a la comunidad es el imperativo categórico de las masas. Cuanto más se sumerge el hombre en el todo social más libre es, porque cuanto más se dedica al trabajo, más aumentan así las horas libres, que se acrecientan con el progreso del maquinismo. Gracias al trabajo de todos —hombres y mujeres— la sociedad soviética se hace más fuerte, se enriquece más y el individuo que participa en ella deviene más libre. La inquietud del mañana no tiene sentido para ellos, con lo cual se han libertado de una de las cadenas más pesadas que esclaviza al hombre de la sociedad capitalista.

Todos allí, están amados por el mismo espíritu, todos se rigen por la misma ley: la ley del progreso, que los une en un esfuerzo común, en un solo anhelar, en un solo actuar, transformando así al paraíso trascendente con que la sociedad capitalista pretende calmar la miseria de sus individuos, en algo real y tangible.

Cuando terminamos nuestro viaje por el país de los trabajadores, descubrimos nuestra alma enriquecida con nuevas esperanzas y refirmada la convicción de que todos los hombres del resto de la tierra deben unir sus esfuerzos para conquistar esa vida armónica y digna de la U. R. S. S. que Gsell nos hace conocer.—*Mailde Cárdenas.*

V. I. LENIN: *El imperialismo, etapa superior del capitalismo.* Ediciones "Alfa", Argentina, 1936.

Son bien conocidas las circunstancias en las cuales escribió Lenin, en 1916, este libro tan justamente popular: desde su destierro en Zurich y teniendo en cuenta la censura zarista. De ahí el por qué comprime o disimula a veces su pensamiento bajo las fórmulas vagas de ese estilo que el mismo llamara "el maldito lenguaje a lo Esopo". El lector moderno no puede menos que sonreír ante ciertas fórmulas como ésta: "el imperialismo es un capitalismo de transición", cuya traducción exacta el mismo Lenin tuvo el placer de escribir en junio de 1920 para el prólogo de las ediciones francesas y alemanas: "el imperialismo es la víspera de la revolución social del proletariado".

A pesar de las estadísticas y de las numerosas transcripciones de obras de economistas burgueses —especialmente de Hobsbawm— el libro de Lenin es de fácil lectura. La formación del imperialismo capitalista, en función de los monopolios y del nuevo papel que los bancos han asumido; la formación de una oligarquía financiera que tiene en sus manos el control del mundo; la exportación de capitales reemplazando cada vez más a la exportación de mercancías; el reparto del mundo entre los grandes trusts; el rasgo parasitario que el predominio del rentista le da a este nuevo capitalismo; y su crítica histórica como a un período que indica la descomposición del capitalismo, son otros tantos aspectos que Lenin estudia con extraordinario vigor.

Varias referencias de Lenin a la Argentina demuestran, además, el interés nacional de esta

obra. Nuestra situación de país sometido a los imperialismos extranjeros nos exige el conocimiento de un proceso que ha dado su nombre a la actual etapa del capitalismo. Y nos requiere ese conocimiento no sólo como una exigencia teórica, sino también para aprender cuál es la única salida que nos llevará a devolver a nuestra Argentina, a la auténtica vida soberana.

Las ediciones "Alfa" —aunque no lo declaran— reproducen el texto de la traducción española

que la "Biblioteca Marxista" divulgó. Y lo reproduce tan al pie de la letra que ni siquiera se ha preocupado de aclarar algunas obscuridades de redacción, ni de corregir hasta algunos lapsus tan groseros como el de la pag. 165, línea 9, en que se dice "cristianismo", donde debe decir "imperialismo"; y el de la pag. 195, línea 23, en que se lee que el capital monopolista ha "organizado" las contradicciones del capitalismo, cuando en realidad se quiere decir que las ha "agudizado"... —*Luis Muriel.*

LETRAS NACIONALES

RAFAEL ALBERTO ARRIETA: *La ciudad del bosque*, "Biblioteca Humanidades", La Plata.

Es la ciudad de la Plata, "el nexo temático" —como dice el autor— de las evocaciones de ambiente y de figuras que constituyen este libro. "Album personal", lo llama en otra oportunidad. Y tiene en efecto del álbum de recuerdos por lo disperso de las imágenes y lo caprichoso de la arquitectura.

El señor Arrieta nos da de La Plata una evocación etélica, en que todo o casi todo tiene colores suaves. Hasta los niños de sus barrios obreros son "sanos y alegres, de cabellos rubios, de ojos claros, hijos de inmigrantes de razas fuertes y laboriosas"... Todo es apacible, tranquilo y sereno, con somnolencia de ciudad provincial o con silencio de ciudad estudiva.

Si todo esto informa lo suficiente sobre el retrato convencional que de "la ciudad del bosque" ha querido darnos el señor Arrieta, sirvan ahora estos cuantos ejemplos para comprender de qué manera se pone a tono la prosa

del autor con la "exigencia temática" del libro. Al referirse a la compañera de Agustín Alvarez, Arrieta nos la pinta como "la vental abnegada, inseparable del fuego mortecino" (pág. 85).

De David Peña dice que "su espíritu perpetuamente joven y enamorado de lo bello, disolvía las mayores decepciones en una gota de rocío" (pág. 108). Y más adelante al evocar en una de sus charlas de trasnochador, agrega el señor Arrieta: "Mas la noche iba a desmontar, muy pronto, el tablado sibilino del ruseñor, y no demoraría en disparar su saeta la alondra, heraldo de la mañana" (pág. 110).

De Joaquín V. González dice: "Era un perpetuo evadido del sueño; pero llevaba su estigma. Las horas luminosas en que reposaba no podían imitar el hechizo de la amanopla nocturna que cierra, con las sombras del cielo, los párpados dóciles" (pág. 117).

De Pedro Mario Delheyne anota que "su verso flúido y melódico traslucía, en su alma de alondra, la fruición melíca" (pág. 125).

Da pena cortar aquí las transcripciones, pero el lector habrá

comprendido que los "silencios espiritados" de la ciudad del bosque han dado a la prosa del señor Arrieta todos los hechizos de las "fruciones mélicas". — *Ernesto Quijano.*

CÉSAR CARRIZO: *El domador*. Editorial "Tor". Buenos Aires.

De las "viñetas platenses", del señor Arrieta, pasemos ahora al "romance bárbaro" del señor Carrizo. Junto al "alma demiurga de la montaña" de Famaña, el novelista ha lanzado el héroe "paladinesco" de su domador, con el espíritu enraizado en "el terrazgo nativo".

Todo lo que ocurre en la sierra de Velazco inspira al señor Carrizo descripciones suntuosas. He aquí lo que nos dice de un hombre que canta en la montaña: "La tozada llegaba en un manso vuelo de paloma torcaz. Y armoniosa paloma ella misma, traía húmedas las alas, acaso porque al pasar las había mojado en el hontanar de la quebrada, o bien por haberlas ungido en el relete de la noche que aún titilaba sobre las margaritas del campo" (página 14).

No se crea, sin embargo, que sólo lo humano participa de ese modo en el "alma demiurga de la montaña". Hasta las mulas llevan consigo el misterio. "Tienen esos animales —nos dice el señor Ca-

rrizo— la inteligencia de los caballos árabes que, según los romances atraviesan los desiertos tan ligeros como el Simún, hasta la tienda; y allá, después de salvar al caballero, mueren con la placidez seráfica de los niños y la serenidad augusta de los patriarcas" (pág. 18).

Si eso ocurre con los paladines y con las mulas, ¿qué no habrá de suceder en las entrañas de las mozas? He aquí lo que el autor nos dice del alma de una muchacha de las serranías al encontrarse por vez primera con el "hombre másculo" que lanzaba al aire su entonada quejumbre: "Por su carne morena y virginal pasó algo inefable, y creyó que la cabeza enérgica y hermosa del forastero, caería rendida en su regazo, para después, en la dulce y golosa demanda de los niños, buscar sus senos pequeños y duros, como hechizos de bronce y de rosa tía" (página 37).

Estamos en la página 37 y la novela tiene 223. Ganas dan de continuar desfogando sin preocuparse del espacio. Pero lo que está más arriba alcanza y sobra para mostrar que a pesar de las desiguales alturas sobre el nivel del mar, un secreto connubio aproxima "el tablado sibilino del ruseñer" que se desmonta a veces en la ciudad platense, y los senos de "bronce y rosa tía" de las serranas. — *Ernesto Quijano.*

Las Revistas

EUROPE. Número 162, 15 de junio de 1936.

En este número concluye el "Retrato de Beethoven a los cincuenta años", de Romain Rolland; y se publican un excelente trabajo de Paul Nizan sobre Epicuro, y el discurso que, con el

título de "Realismo socialista", pronunció León Moussinac el 17 de marzo de este año en la Asamblea Internacional de Escritores. Edouard Djardin realiza un estudio detenido del "Jesús", de François Mauriac; y Robert Honnert, inicia la publicación de "Madame Étienne Mettraz". Jean

Cassou firma el comentario de la sección "La vida del mes" que tiene por tema el "Cincuentenario del simbolismo".

En la sección de "Crónicas", René Lalou escribe sobre Henri Régnier en oportunidad de su muerte; Georges Friedmann comenta extensamente un manifiesto de Jean Grenier aparecido en la "Nouvelle Revue Française" con el título de "La edad de las ortodoxias"; René Maublanc continúa su estudio sobre Jules Romains (el fragmento de este número se titula: "Jules Romains y la sociedad contemporánea"); Raymond Cogniat escribe en la sección destinada a las artes, acerca del Barón Gros y de Cézanne; Vladimir Jankélévitch firma un trabajo titulado "El simbolismo y la música: Satis el simulador"; Dominique Braga, desde las páginas reservadas a "Los espectáculos", hace la crítica del estreno teatral de "Las vacas flacas", de René Aubert, una obra de teatro político; León Werth, comenta los últimos estrenos cinematográficos de París; y Albert Bayet escribe acerca de "El sentido de las elecciones francesas". En la sección "Política" se publica además, un extenso estudio de León Limon, titulado "¿A dónde va Austria?"

PAIX ET LIBERTÉ. *Semanario parisién. Órgano del Comité Nacional contra la guerra y el fascismo.*

Este semanario, que aparece los domingos, publica breves y abundantes informaciones acerca del desarrollo de la lucha antiguerrera y antifascista en Francia, ilustrando sus noticias con numerosas fotografías tomadas en los actos realizados durante la semana. Algunas colaboraciones firmadas estudian la situación

política de las naciones europeas, enfocando con preferencia los problemas relativos a los avances del fascismo o a la consolidación del Frente Popular. No faltan las secciones fijas destinadas al comentario bibliográfico, teatral y cinematográfico, y Pierre Paraf publica una "Antología de los escritores de la paz y de la libertad", seleccionando y comentando sus textos significativos.

LEVIATÁN. *Número de junio de 1936.*

Contiene: varios editoriales sobre la actual situación de España; la segunda parte del "Ensayo crítico militar de la insurrección de Asturias", del mayor Grap; "La herencia de la dictadura en Polonia", de Luis Fischer; "Las formas transitorias de la economía soviética", de Alfredo Lagunilla; "Penetración imperialista y semidictadura en la República Argentina", de Bernardo Edelman; "Los nuevos rumbos de Venezuela", de Andrés Iduarte; y "El teatro nuevo", de Ramón J. Sender. En la sección destinada a divulgar textos esenciales de las obras de Marx, se han reunido esta vez aquellos que aluden a "La dialéctica de la historia".

El comentario bibliográfico versa sobre las siguientes obras: Friedrich A. Hayek, "La teoría monetaria y el siglo económico" (Espasa-Calpe); James Jeans, "Nuevos fundamentos de la ciencia" (Espasa-Calpe); Merle Fainsod, "International Socialism and the World War"; Ramón Sender, "Mister Witt en el Cantón" (Premio Nacional de Literatura); y Bertrand Russell, "Fundamentos de Filosofía".

NUOVA CULTURA. *Número 12, mayo-junio, 1936.*

Van en este número los siguientes trabajos: Max Aub, "An-

tecedentes del teatro ruso contemporáneo"; José Bueno, "El problema agrario en España a través de la Historia" (Continuación); F. Carreño, "El arte de tendencia y la caricatura"; dos reportajes gráficos: uno de Emili Nadal, "Represión colonial en las Antillas", y otro de José Renau, "Testigos negros de nuestro tiempo"; un editorial sobre la situación actual de Europa y otro sobre la visita de Malraux, Casou y Lenormand a España; un relato breve de Bela Illes, titulado "Martillazos"; la traducción de un breve artículo de Jean Guhenno que encara desde el presente el mito de Hércules y de Prometeo; una copiosa sección bibliográfica y un trabajo de Juan M. Plaza, sobre "El cinema, arte no intelectual".

LA NUEVA PEDAGOGÍA. Madrid. Número 2.

Este segundo número está totalmente dedicado al laicismo en la educación. Colaboran: Emilia Elías, Rodolfo Llopis, José Verdes Montenegro Montoro y Pablo Cortés.

COMMUNE. Número 34. Junio de 1936, París.

Se publican en este número fragmentos de "Les beaux quartiers", de Aragón; "Las montañas y los hombres", de M. Ilin, y "Les jeunes files", de Henry de Montherlant; un discurso de Claude Aveline, dirigido "A la juventud"; un ensayo de J. Bartoli, sobre "El coronel Lawrence y el imperialismo"; y la continuación del trabajo de Lucien Henry, titulado "Del idealismo al materialismo", cuya publicación comenzó en el N.º 32 de "Commune". Además de algunos poemas de Tristán Rémy, Kenneth Fearing y Jean Lartigue, vienen

en este número: un comentario crítico de Georges Friedmann a la obra de Raymond Aron, "La sociología alemana contemporánea" (Alcan), una nutrida sección de comentarios a libros y revistas, y las páginas habituales destinadas a los espectáculos, las exposiciones, el cine y la música.

SECH: Revista de la Sociedad de Escritores de Chile. Año 1. N.º 1. Julio de 1936.

En su editorial de presentación, los directores de "Sech" dicen: "Esta revista pretende ser un órgano gremial; gremial no sólo desde el punto de vista económico del oficio del escritor, sino también desde el punto de vista espiritual del mismo. Es decir, que en ella se dará preferencia a los asuntos que atañen al escritor como productor y como creador".

El material de "Sech" está dividido en dos partes. Se publican en la primera: ensayos, artículos, estudios sobre temas de interés gremial o literario, monografías y resúmenes de divulgación. Y en la segunda, todo aquello que caiga bajo el rubro de informaciones.

En este primer número se publican "Dos cartas inéditas de Lastarria a don Ambrosio Montt"; un ensayo de Manuel Rojas, sobre "José Martí y el espíritu revolucionario en los pueblos"; un trabajo de Enrique Espinosa, sobre "La actualidad de Heine"; un "Ensayo sobre el ensayo", de Ernesto Montenegro, y un extracto de "La lucha por el poder", de John Strachey, titulado "Literatura y capitalismo".

Se transcriben, además, un Informe de Enero de Espinosa sobre el Premio Literario de la Municipalidad de Santiago, 1935, y una "Conversación con Luis Franco".

POLÉMICA: Revista mensual de la Habana, Cuba. Año 2. Número 4, junio, 1936.

Analiza y discute los problemas referentes a la vida estudiantil en todos sus sectores, a través de colaboraciones firmadas.

Van, en este número, además de una interesante "Contestación al doctor Ernesto R. de Aragón", los siguientes trabajos: "Esencia y decoro de la Universidad", del doctor Roberto Agramonte; "El problema docente cubano", de José Francisco Botet; "El problema de la enseñanza secundaria", del doctor Manuel Bisbé; "Universidades populares", de Jorge L. Martí; "Reformas urgentes", de Ana Abril Vda. de Toro Torres; "La enseñanza gratuita", del doctor E. Félix; un cuento de R. Lachataignerai y un trabajo de Antonio Calvache, sobre "Minería cubana".

MEDIODÍA: Revista mensual de la Habana. Número 1, junio, 1936.

En una breve nota que no pretende dar la razón de existencia que es costumbre declarar en el primer número de toda publicación, el Comité Director de "Mediodía" manifiesta: "Mediodía no es una empresa de entretenimien-

to artístico. Sus editores están enterados del papel social que todo arte cumple, aunque ese efecto quede sin percibir. Y advertidos de ello se disponen a que esa función pública tenga en nuestras páginas un destino profundamente humano, y sea leal a las circunstancias peculiares de Cuba.

"Cree 'Mediodía' que el pensamiento debe, inexorablemente, estar a contribución de la vida y participar en las contiendas históricas de nuestro tiempo".

En las páginas de este primer número, que ilustran Ravenel, Rigol, Martínez Pedro y Lipchitz, tienen cabida los siguientes trabajos: "Una novela cubana" (Ecué-Yamba-O, de Alejo Carpentier), por Juan Marinello; "Elegía a un soldado vivo", de Nicolás Guillén; "Contraste económico del azúcar y el tabaco", de Fernando Ortiz; "La casa de los Aldana", de Luis Felipe Rodríguez; "Aforo de la poesía negra", de Carlos Rafael Rodríguez; "Teoría de la literatura y de la crítica literaria en Federico Engels", de G. Lukas y una sección bibliográfica cuyos comentarios están formados por Alfonso Bernal del Riego, Edith García Buchaca, J. A. Portuondo y Angel I. Augier.

De la vida argentina

EL PRIMER AÑO DE A. I. A. P. E.

La Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores que hace un año se fundó en Buenos Aires acaba de renovar sus autoridades. En nombre de la comisión saliente, Aníbal Ponce pronunció las siguientes palabras:

"Apenas si pasábamos de ochenta los escritores y los artistas que fundamos A.I.A.P.E. una noche del mes de junio del año pasado en un ambiente de entusiasmo memorable. Por vez primera, trabajadores intelectuales acostumbrados hasta entonces al individualismo discolorado, sintieron confusamente pero con la urgencia de los llamados imperativos que la Historia los había conducido has-

ta una encrucijada trágica. Entre una doble fila de trincheras enemigas ya no era posible mantener la neutralidad pudibunda o el aislamiento desdeñoso. No actuar empezaba a ser una de las formas de la complicidad. En términos precisos quedaron enunciados los deberes nuevos en el "Mensaje a los Intelectuales de América Latina" que vino a resultar, con el andar de los días, el acta de bautismo y el preámbulo constitucional de la A I A P E. "Los intelectuales, —se decía en el Mensaje— depositarios del haber de cultura acumulado por la humanidad en siglos de luchas penosísimas y de tenaces esfuerzos, deben hacerse cargo del deber impostergable que les señala este momento. A ellos, antes que nadie les corresponde aprestarse a la defensa del tesoro que guardan y acrecientan, y denunciar ante los pueblos la amenaza que se cierne sobre la cultura".

Un año ha transcurrido desde entonces. La oportunidad de ese Mensaje —desmesurado en opinión de algunos; injustificado para otros— resalta hoy, tal vez más que ayer, con evidencia plena. La amenaza que hace un año se anunciaba, ya está ahí rugiendo sobre nuestras cabezas. Desde la escuela hasta la Universidad, desde la tribuna hasta la cátedra, desde el periódico hasta el libro, los derechos más elementales ya han sido cercenados, envilecidos o negados.

Cuando nos reunimos por primera vez, era un poeta, prófeso el que nos hacía sentir en carne viva la gravedad de la ofensiva; ahora que nos reunimos por segunda vez, son un poeta y un pintor los que nos muestran de nuevo la enormidad del atropello. Pero de un año a otro, la acometividad de la reacción se ha duplicado: a la "incitación a la rebelión" de que se hablaba en los comienzos, se ha añadido ahora los delitos increíbles de "inmoralidad" y de "blasfemia".

¿Quién no comprende, nada más que al pronunciarlas, todo lo que esas palabras significan como agravio más directo, no sólo a la plena dignidad del escritor y del artista, sino también a la entraña democrática de nuestra historia, al pasado liberal de la Argentina? ¿En qué difieren estos "crímenes" supuestos, de que ya se acusa a varios de nuestros camaradas, de aquellos otros no menos imaginarios que mancharon la historia del colonialismo español o del despotismo rosista? Cuando se leen las acusaciones oficiales y los procesos que hormiguean hoy, ¿no se tiene la impresión de haber vuelto a aquellas épocas en que el arcediaco Riglos perseguía al maestro Baltasar Maciel; en que un ministro de Rosas, el señor de Anchorena, arrojaba a la hoguera los libros herejes; en que un norteamericano, Antonio King, debió purgar en la cárcel de Jujuy, yo no sé cuántos meses, el delito tremendo de no haberse descubierto al paso de la Hostia Sagrada?

Un desorden fomentado con malicia; un ruido de armas para infundir el miedo; un tropel faccioso que a cada nueva hora se va envalentonando con su osadía, han paralizado de tal modo la vida nacional que ya están rodando por las calles los ruidos siniestros. Desde el frente cultural que nosotros defendemos, nos cabe el honor de haber señalado la amenaza cuando eran muchos toda-

vía los que nos acusaban de alarmismo, o de dócil imitación de extranjerías. Pero si el peligro ha subido y la reacción está rompiendo los diques, A I A P E también ha aumentado de estatura, ha crecido en fuerzas y en prestigio. Al centenar escaso de sus fundadores, grupo exiguo que se gastaba en señales frente a una mayoría desatenta, han sucedido los casi dos mil asociados de hoy que en Rosario y Tandil, Paraná y Corrientes, Tucumán, Tala y Crespo, se organizaron en filiales, adoptaron nuestras bases, se incorporaron a nuestro movimiento.

Que el manifiesto a la América Latina no fué, tampoco, una infatuación ingenua, añadida a los tantos otros mensajes que sabemos, tres países están ahí para probarlo: en Paraguay y en Chile marchan ya las agrupaciones similares a la nuestra; en Montevideo, el Centro de Trabajadores Intelectuales —de vida tan intensa como valiente, — nos ha anunciado en estos días que se reorganizará como nosotros y adoptará nuestro nombre.

Que A I A P E, en fin, —porteña en los principios, argentina luego, americana hoy— gravita mucho más de lo que nosotros mismos suponemos, ahí está también el documento que nos viene desde Europa: en uno de los últimos boletines del "Comité de Vigilancia", de París, una página entera nos está dedicada. Y como Alain, Rivet y Langevin fueron los primeros entre los intelectuales de Francia que comprendieron y evitaron el desastre inminente que el 6 de febrero reveló, permitátenos confesar con cuánta emoción hemos visto sus firmas en el saludo fraternal que nos enviaron.

No voy a fatigarlos a ustedes con los detalles minúsculos de nuestra vida de un año. Pero si la sola mención de las ocho filiales argentinas —con algo más de 1.000 socios— puede dar una idea de la extensión de nuestra influencia, esta noche prefiero informar a ustedes de otros asuntos de la vida de A I A P E, con la autocritica indispensable que nuestro propio respeto nos exige.

Paso por alto los actos públicos que son por demás conocidos: nuestro funeral a Barbusse, todavía no olvidado; la excelente exposición de los plásticos, primera muestra homogénea de un arte que reclama su puesto entre las fuerzas de izquierda; las sabias jornadas médicas, que revelaron a muchos la íntima trabazón de la economía y de la ciencia; los debates libres organizados por el grupo de escritores sobre algunos aspectos dramáticos de la realidad americana. Paso por alto, también, las múltiples declaraciones de AIAPE a propósito de los sucesos que han ido jalando la marcha de la reacción: el asesinato de Bordabehere; la condena dictada contra Raúl González Tuñón; la expulsión de quince alumnos de la Escuela de Bellas Artes; los agravios a los escritores argentinos lanzados desde la Cámara de Diputados por el sector de la extrema derecha; la negación del derecho de asilo a propósito del exilado boliviano Tristán Marof; el encarcelamiento irregular del escritor Héctor Agosti; el secuestro monstruoso del libro "Tumulto" de José Portogalo, con las acusaciones subsiguientes al autor y al pintor Demetrio Urruchúa que colaboró con las ilustraciones.

Me excuso por anticipado si he omitido alguno en esta síntesis apresurada. Pero estamos en condiciones de afirmar que no ha ocurrido un sólo atropello a la cultura nacional sin que A. I. A. P. E., no lo haya denunciado a la opinión del país.

Ahorro a ustedes, en fin, los pormenores acerca del envío frecuente de nuestros oradores a los actos que organizaron las filiales del interior o bibliotecas y centros culturales de notoria actuación antifascista. Y aunque no hubiera estado demás analizar algunas de las múltiples consultas que hemos atendido, por lo común sobre guías de lecturas, paso enseguida a considerar los asuntos esenciales.

El primer año de vida de toda institución, y mucho más en el caso de AIAPE, en que están representadas las tendencias más diversas, es el año ingrato de la organización y los tanteos, de los ajustes y las rectificaciones. En este sentido una de las tareas más difíciles fué para nosotros llegar a definir lo que *nó* somos. Solicitaciones de afuera y de dentro nos hubieran extraviado a buen seguro sino hubiéramos tenido siempre en las manos como una brújula, el texto nada equivoco del "Manifiesto" inaugural. Agrupación de trabajadores intelectuales sin más propósito que el de defender a la cultura nacional de la ofensiva fascista, AIAPE no podía tener otra norma de conducta que la que surge de sus propósitos clarísimos: ni partido político, ni capilla sectaria, ni tertulia de snobs, ni asociación de revolucionarios. No importa que éste o aquel de sus asociados o de sus dirigentes expongan a título personal las opiniones que crean justas o intervengan con el mismo carácter en las manifestaciones políticas que sus convicciones les dictan. Como miembro de la A. I. A. P. E., o en los actos de A. I. A. P. E. el asociado o el dirigente sólo aspira a denunciar y combatir las irrupciones del fascismo en el campo cultural que nos es propio.

Delimitadas así nuestras funciones, después de lo poco discutir, otro inconveniente nos salió al paso. Nombremoslo con franqueza, porque nos toca a todos: me refiero a la ignorancia fantástica de cada uno de nosotros sobre los problemas sociales y económicos que condicionan y orientan a las producciones culturales. Años y años de educación inspirada en criterio más o menos "humanistas" han interpuesto entre nosotros y la vida una cortina tan tupida que los científicos y los artistas desconocen por igual las realidades sociales en que viven. A punto tal que la tarea más concreta o el problema más trivial resultaba muchas veces una audaz exploración en lo desconocido. Descubrimos así, a poco andar, otra de las fallas que nos entorpecía: la inexperiencia de la acción, la torpeza para movernos entre detalles menudos, la dilación en resolver algunos asuntos urgentes. Las desdichas de nuestras finanzas, por ejemplo, no tuvieron parangón, y tres locales en un año dicen bien a las claras que si no teníamos el gusto difícil, no sabíamos prever lo que llegaría a incomodarnos.

Finanzas anémicas y local inapropiado no facilitaron las reuniones ni el estrecho contacto entre los asociados. En locales aje-

nos realizamos nuestros actos, y la innegable pereza con que los socios abonaron sus cuotas encontró un pretexto oportuno en la frialdad de un local que no invitaba a pasar por la tesorería. Los tres números de la revista "UNIDAD", hermosamente presentados, fueron en busca de los socios dispersos: les ofrecieron sus columnas, les estimularon con su palabra cordial. Reacios al principio, se acercaron después con simpatía. La homogeneidad un poco monótona del número primero, se transformó en la riqueza y variedad de los siguientes en que todas las tendencias hicieron oír su voz. Pero la revista, ella también, no tenía porqué constituir una excepción, y a pesar de que el éxito en la calle fué ruidoso, se sintió desfallecer al acercarse al puente que son pocas las revistas que atraviesan...

Este informe parecería un muro de las lamentaciones si la honrada exposición de nuestros extravíos no se continuara con la no menos honrada narración de los aciertos con que fueron corregidos. Porque el hecho es que todas estas malandanzas cuyo relato debíamos a ustedes, no sólo trajeron consigo la excelente lección de la experiencia, sino que fueron desde entonces el aguijón enconado que nos llevó a superarlas.

Las sub-comisiones que se constituyeron al efecto — la de plásticos, la de médicos, la de pedagogos, la de escritores, — crearon un ambiente de trabajo que no sólo hizo resaltar las limitaciones de su propia formación, sino que las llevó a planear una biblioteca, una editorial, y la serie de conferencias y de cursos de seminarios y de cursos magistrales, que en el resto de este año se irán dictando sucesivamente.

El local adecuado, que parecía inencontrable, es este local que ustedes ven, con olor todavía a casa que recién se instala, pero que nos asegura — esta vez por largo tiempo — que tenemos, por fin, la comodidad que buscábamos.

La sub-comisión de finanzas, molida de tantos barquinazos, ha regularizado las cobranzas y nos ha puesto al día con los bancos.

La sub-comisión de revista ha dado fin a un arreglo con una reputada casa de ediciones que muy en breve permitirá a "UNIDAD" atravesar el puente famoso sin que los gastos que exija recalgan como hasta ahora sobre AIAPE.

Algo hay todavía que nos reconforta y nos entona. Algo que sería imposible de expresar en números pero que nos llena de regocijo legítimo. Me refiero a la calidad y al prestigio de al gunos de los nuevos asociados. No es por satisfacción pueril ni por vanidad inexcusable. Es la convicción de que no sólo hemos destruído muchas de las falsedades que se nos imputaban, sino también la seguridad de que A. I. A. P. E. atraerá irresistiblemente a los valores más limpios de la ciencia y del arte nacional.

Testigos presenciales me han narrado con qué emoción extraordinaria se lo escuchó a André Gide la vez primera que se presentó en París en un meeting de la izquierda. Tenía a sus espaldas el renombre y la gloria de su obra de artista, pero también en

contra suya la frialdad y la aridez de su labor de ermitaño. Aquella noche el ermitaño renunciaba a su celda y el artista se echaba a andar por los caminos del mundo entre el tumulto de las masas sufridas. Con un temblor de debutante llegó hasta la tribuna, más pálido que nunca su rostro atormentado. Sobre el asunto de que iba a hablar estoy casi seguro de que no había uno sólo entre sus oyentes que no supiera más que él. Sin embargo, desde el principio hasta el fin se lo escuchó, palabra a palabra, en medio de un recogimiento impresionante. Y ese recogimiento no era nada más que el íntimo orgullo de aquella muchedumbre que se sentía feliz de incorporar a sus filas semejante artista.

Dentro de la relatividad de nuestra cultura y nuestro ambiente, algo hay ya de ese noble orgullo en las filas cada vez más prestigiosas de A. I. A. P. E. Por eso al entregar a otras manos el comando honroso, la comisión saliente no quiere disimular que ha tenido el honor de dirigir una agrupación en la que están ya algunos de los profesores más insignes, algunos de los escritores más ilustres. Deja su sitio, por eso, sin temor y sin dudas. Grave es la hora argentina que vivimos. Pero la humilde patrulla de hace un año casi no se reconoce en esta fuerte columna de hoy en día. Que ella resuelva ahora, a través de su asamblea soberana, a quiénes ha de entregar de nuevo la dirección que un día nos confió a nosotros. La devolvemos hoy, enriquecida con nuestra experiencia, aliviada de nuestros errores".

Índice del Tomo Primero

SUMARIO

	Págs.	
ABRAMOV	Eugenio O'Neill, el renegado	170
BERNAL	Engels y la ciencia	301
DOMMANGET	La instrucción pública bajo la Comuna	68
ENGELS	Contribución a la historia del Cristianismo primitivo	97
.....	Inglaterra y el materialismo	151
FRIEDMANN	Materialismo dialéctico y acción recíproca	227
GORKI	A propósito de la cultura	244
GRUZDEV	El proletariado y la educación	123
LAFARGUE	El mito de la Inmaculada Concepción	145
LASSALLE	De la esencia de una constitución	209
LUNATCHARSKY	Fantasia sobre Rimsky-Korsakof	22
LENIN	Notas sobre Tolstói	49
LUCKAS	Zola y el realismo	30
MARX	Simón Bolívar	11
MONDOLFO	Gérmenes en Bruno, Bacon y Espinosa de la concepción marxista de la historia	59
PLEJANOV	Dialéctica y Lógica	14
"	Agustín Thierry y la concepción materialista de la historia	273
SCHILLER	Marx y la literatura mundial	286
ZOZULIA	Meyerhold en los ensayos	117

ANÁLISIS DE LIBROS

ACEVEDO DIAZ	Argentina te llamas	267
ARRIETA	La ciudad del bosque
A. F. A.	La mujer argentina	193
BEBEL	Socialización de la sociedad	194
CARRIZO	El domador
DIAZ USANDIVARAS	Carta abierta al Intendente
ENGELS	Ludwig Feuerbach	45
FURMANOV	Tchapaiev	198
LAFARGUE	Por qué cree en Dios la burguesía	261
MALLEA	Nocturno Europeo	264
MOUSSINAC	Un viaje con los comediantes soviéticos	192

NOTICIAS Y COMENTARIOS

	Págs.
Secuestro de un libro de versos	271
Bolívar y Marx	272

DE LA VIDA ARGENTINA

ANIBAL PONCE	Astronomía y petróleo	201
--------------------	-----------------------------	-----

DIALÉCTICA

BIBLIOTECA Dirigida por ANIBAL PONCE

MAIPU 220

BUENOS AIRES
ARGENTINA

Paralelamente a la revista, una biblioteca de autores extranjeros y nacionales completará con ediciones económicas, pero pulcramente presentadas, la vasta obra de cultura que nuestra empresa inicia.

PRECIO DEL VOLUMEN
SIMPLE: 0.50 CTS.

Dividida en seis secciones, - Polémica, Teoría, Historia, Nuestra América, Los Precursores, Los Filósofos, - nuestra biblioteca comenzará la serie publicando en breve plazo los siguientes volúmenes:

PRECIO DEL VOLUMEN
DOBLE: \$ 1.00

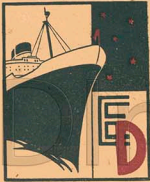
SERIE «POLEMICA»: LAFARGUE.—Por qué cree en Dios la burguesía. (Agotado)

SERIE «TEORIA»: PLEJANOV. La concepción materialista de la historia. MARX. La cuestión judía. (Apareció)

SERIE «HISTORIA»: MATHIEZ. Danton. KAUTSKY. La lucha de clases en Francia en 1789.

REMITASE EL IMPORTE EN
CHEQUE POSTAL A NOMBRE
DE „DIALÉCTICA“

SERIE «NUESTRA AMERICA»: AGOSTI. Crítica de la reforma universitaria.



Genova